
Relatos de
El Viejo
Antonio
Prólogo de Armando Bartra

Relatos de El Viejo Antonio

★

Subcomandante Insurgente Marcos





CENTRO DE INFORMACIÓN Y ANÁLISIS DE CHIAPAS

RELATOS EL VIEJO ANTONIO
Subcomandante Insurgente Marcos
Diseño de la portada: Jorge Alaminas
Ilustraciones: Itziar Villanueva
Compilación: I. Rodríguez

Primera edición: 1998

Centro de Información y Análisis de Chiapas (CIACH)
Flavio A. Paniagua No. 107
Barrio de Guadalupe
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México
C.P. 29230
Tel. 865-81

ISBN 968 5112-00-2
e-mail ciach@laneta.apc.org

Se reimprimieron 2000 ejemplares

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

PRÓLOGO

MITOS EN LA ALDEA GLOBAL

La experiencia inaccesible que la humanidad ha expresado simbólicamente durante milenios a través de mitos, fábulas, ritos, éxtasis, sigue siendo uno de los centros escondidos de nuestra cultura, de nuestro modo de estar en el mundo.

CARLO GINZBURG, *HISTORIA NOCTURNA* p. 35

I

Dice el mito tzotzil que el ladino "se robó el libro".

Engendrado por la cópula de un indio y una perra, el ladino resultó perverso y al nacer le arrebató a la comunidad la palabra escrita, el soporte simbólico del saber. A resultas de esta ratería originaria a los indios se les llama ignorantes y los ladinos se proclaman "hombres de razón".

Pero en el fin del milenio el mito adquiere su debida simetría simbólica cuando otro ladino, ahora justiciero y narigudo, les devuelve "el libro" a los mayas de Chiapas. Por su mediación, desde el primero de enero de 1994 la palabra india navega por "la red" y otros "medios".

Si el "libro" robado simboliza una posibilidad de diálogo mas allá del intercambio oral comunitario, el "libro" de nuestros días es el Internet, la televisión, la radio, el video, los periódicos; medios de comunicación masiva a los que hoy está llegando la voz indígena potenciada por el alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y traducida por el subcomandante Marcos, el ladino que ayudó a enderezar el torcido.

II

Excluida del discurso público desde la conquista, la voz de las mayas de Chiapas se había colado en escritos antropológicos y literarios como el *Juan Pérez Jolote,* de Ricardo Pozas, y *Los peligros del alma,* de Calixta Guiteras, y reaparecía en textos de memoria oral, como la edición bilingüe de relatos *Tzotziles of Cabbages and Kings, Tales of Zinacantán,* de Robert M. Laughling o *Memoria baldía,* libro de testimonios tojolabales compilado por Antonio Gómez y Mario Ruz.

Pero ahí los indios eran simple materia prima "informantes" del antropólogo o del lingüista, dueños de la grabadora y la iniciativa. Aunque el eco de su voz estaba presente en estos libros —útiles, honestos y bienvenidos— los mayas no habían recuperado "el libro".

Las cosas empezaron a cambiar en el Congreso Indígena chiapaneco de 1974, cuando un equipo de jóvenes

"traductores" se da a la tarea de recoger las opiniones de los pueblos en torno a la tierra, el mercado, la justicia y la cultura y vaciarlas en cuatro "ponencias" correspondientes a las cuatro lenguas autóctonas dominantes en la entidad: tzeltal, tzotzil, tojolabal y chol.

Pese a la incomoda presencia del gobierno y la participación ambivalente de la iglesia, el predominio de la palabra indígena, tanto hablada como escrita, hizo del Congreso un encuentro de verdad. Una asamblea multicolor donde tzeltales, tzotziles, choles y tojolabales de parajes dispersos y hasta confrontados se identificaron en torno a su lengua, su ponencia y sus antagonistas comunes, y donde comenzó a fundarse una nueva identidad maya chiapaneca gracias al inédito diálogo público de los cuatro grandes grupos lingüísticos de la entidad.

Por primera vez eran indígenas la voz y el oído, los temas y la intención. Y por primera vez los desposeídos utilizaban profusamente la palabra escrita para prolongar el diálogo en el espacio y en el tiempo. El Congreso dejó una cauda de papeles multilingües: las ponencias, las resoluciones generales y varios ejemplares de un periódico en las cuatro lenguas principales que se leía en voz alta en las asambleas comunitarias.

Siguiendo el ejemplo de los "traductores", a fines de los setenta otros jóvenes indígenas letrados recogieron los recuerdos revolucionarios de los viejos de Zinacantán y los publicaron en tzotzil y español en el libro *K'alal ich'ay*

mosoal (Cuando dejamos de ser aplastados). El proyecto fue coordinado por Andrés Aubry y el equipo de INAREMAC, quienes han hecho una meritoria labor recogiendo, poniendo por escrito y publicando en cuadernillos bilingües, numerosos testimonios indígenas de Los Altos.

III

Ya la voz de los mayas chiapanecos susurraba su mensaje en libros, folletos y periódicos, pero sólo fue escuchada por todos cuando se hizo acompañar por el tronido de las armas. "El libro" regresó, en verdad, a manos de los tzotziles el primero de enero de 1994, día en que nos amanecimos con el conque de que los indios acababan de tomar Ciudad Real y gracias a ello habían tomado también la palabra.

Si el diálogo interétnico en corto había requerido "traductores" capaces de trasvasar los mensajes a las cuatro lenguas dominantes, conversar con la nación demandaba un "traductor" excepcional, un intérprete capaz de desazolvar los duros oídos caxlanes. Todas las insurrecciones indígenas emplean voces inspiradoras que hablan por la colectividad: una santa, una piedra, una cruz. Los indios de Las Cañadas recurrieron a una cachimba parlante. Y el Subcomandante resultó un espléndido comunicador, un amanuense societario capaz de fusionar el habla indígena y el lenguaje mestizo en un discurso sincrético que ha sido la argamasa del neozapatismo.

En tiempos de pluralidad, cuando remiten los dogmas y decaen las verdades unívocas, todas las iglesias se flexibilizan. La teología de la liberación admite que el dios cristiano no se revela sólo en las sagradas escrituras sino también en las diversas sagas de los pueblos creyentes, y de la misma manera el discurso político neozapatista abreva tanto en la literatura y la práctica política de la izquierda occidental como en los mitos, conceptos y modos de las etnias donde tiene su base.

Los Comunicados, las Posdatas y las Historias de Durito son notables por su "lenguaje" como por sus "palabras", que diría Saussure. Y se agradecen, sobre todo, por un humor que dinamita por dentro el tradicional discurso de la izquierda, solemne, vacuo y almidonado como pocos. Pero es en los relatos del Viejo Antonio donde mejor se hibridan el imaginario autóctono y el mestizo. Las parábolas del inveterado fumador recogen la estructura, el pulso y los temas de la mitología indígena chiapaneca, sin renunciar al equipaje de la cultura occidental.

Así, encontramos referencias a los Chaacob, dioses de la lluvia, los Kuilob Kaaxob, señores del yermo y a Kisin, amo de las profundidades, propios del pensamiento maya; pero también a Mercedes Sosa y a Pablo Neruda, indispensables en los viejos altares izquierdistas. La contradicción entre los hombres de oro y los hombres de madera, trascendida en una multicolor humanidad de maíz, remite a las habituales oposiciones del imaginario

prehispánico, pero también a las entrañables triadas hegelianas. Triplemente sincrética, la refundación simbólica de la revolución agraria chiapaneca transforma en fetiche a una vieja postal de Casasola y con Ik'al y Votán recala en los olimpos de por acá, pero a un europeo que baja el texto de "la red", Votán Zapata le ha de sonar a Wótan, mito guerrero germánico emparentado con el nórdico Odín. Y se vale, pues la neozapatista es una mitología "intergaláctica" y globalizada. También la definición antoniana de democracia es un guisado variopinto, pues remite a la tradicional construcción comunitaria de consensos, pero se esmera en subrayar el respeto a las minorías tan caro a la "sociedad civil" finisecular.

En las comunidades chiapanecas la cultura tradicional de estirpe maya se entrevera con cumbias, películas de Pedro Infante e historietas concientizadoras de Rius. Es natural, pues, que el discurso neozapatista para oídos mestizos recurra al pastiche de las novelas de caballerías, como en las historias de Durito, y emplee los exitosos recursos de Castaneda, trasformando a Don Juan, chamán yaqui entrevistado por el antropólogo brasileño, en el Viejo Antonio, fundador simbólico del EZLN y conciencia rebelde de la comunidad.

Es este un sincretismo finisecular premeditado y *sui géneris*, una hibridación cuyo impulso no viene de la imperiosa cultura occidental sino de la recia terquedad autóctona. Durante la conquista los misioneros trasladaron las parábolas cristianas al lenguaje de los tlacuilos para mejor indoctrinar a los naturales, quinientos años después Marcos trasvasa al lenguaje digital de "la red" los ritmos de la oralidad campesina y la estructura simbólica de los mitos asociados a la caza y la agricultura, poniéndolos al servicio de un mensaje político liberador.

IV

Todas las revoluciones de base campesina (¿es que hay de otras?) han construido su discurso con el lenguaje elíptico del mito; empleando cuentos, fábulas y máximas con mensajes de amplio espectro, fáciles de memorizar. Así, la revolución china tuvo a un "Viejo tonto que movía las montañas" y el EZLN a un Viejo Antonio que ilumina el sentido profundo de la lucha.

Y es que los hombres del común, que no se hallan con los conceptos demasiado abstractos, se avienen mejor al universal singularizado de los símbolos. "Esta es la hora de hacernos agua", quiere decir que la Comandancia ha decidido responder a la ofensiva de febrero de 1995 evitando la confrontación armada directa en Las Cañadas y desarrollando una ofensiva política de carácter nacional. Pero por su condición polisémica la consigna metafórica significa eso y mucho más, sobre todo para una sociedad agraria donde agua es sinónimo de fertilidad.

Así como los oráculos y chamanes recurren al trance

y el éxtasis para comunicarse con el inframundo, Antonio recibe en sueños el mensaje de los "viejos dioses". Además sus fórmulas son siempre elípticas. Al modo de Sócrates —que fue sabio antes que filósofo—, el viejo campesino responde a las preguntas con otras preguntas, y mientras que Marcos habla de historia —la revolución agraria de Morelos— Antonio cuenta historias —el mito de Votán Zapata.

El encuentro de Marcos con el Viejo Antonio es una suerte de rito iniciático y muerte simbólica del joven; ceremonia fundadora realizada, como debe ser, junto al fuego, donde el revolucionario urbano deviene militante del "México profundo". No faltan las referencias a tigres, murciélagos, monos y otros representantes faunescos del "mas allá"; ni el empleo del humo del tabaco, socorrido agente del éxtasis ritual. Pasado el trance, el Viejo Antonio ya puede morir tranquilo, el Sub se ha transformado en "medium", puente de comunicación con el mundo de los muertos y de los "viejos dioses".

V

Por la boca del Viejo Antonio —o de su medium, el subcomandante Marcos— habla la conciencia memoriosa y trascendente de la comunidad, la voz del pueblo profundo encarnada en los ancianos. Su cometido no es transmitir información o dar instrucciones; se trata de una

"plática": añejo procedimiento oral por el que se comunican creencias o puntos de vista mediante la narración de experiencias metafísicas.

Ya lo dijo Andrés Aubry en referencia al testimonio revolucionario de Zinacantán: el relato de los viejos de la comunidad "no es un libro... no tiene autor...no tiene lector. Es una plática". Y por lo general es una plática impersonal: el discurso de unos ancianos sin nombre que se dirigen a una comunidad de personas también anónimas.

Este no es el caso del Viejo Antonio. Él es un chiapaneco que viste y calza, un hombre concreto casado con doña Juanita, con un hijo mayor que sigue sus pasos y una hija niña que se llevo el hambre; un campesino que fuma cigarros forjados en "doblador" y muere de tuberculosis en 1994.

Es verdad que de vez en cuando a Marcos se le barre la lap-top y Antonio sale con pipa, balconeando su condición libresca. Pero no importa cuantos viejos haya detrás del Viejo Antonio, el personaje esta dotado de singularidad literaria; es un hombre de carne y hueso aun que su materia sean las palabras.

Y esto le da a su mensaje un tono entrañable, un aire de intimidad del que casi siempre carece el discurso mítico. En Historia nocturna, Carlo Ginzburg rastrea el origen de esta empobrecedora despersonalización: "Vemos a individuos distintos articular de modo también

distinto, cada uno con su propio acento, un núcleo de creencias comunes. Esta riqueza de lo vivido es casi siempre inencontrable en los concisos resúmenes elaborados por (...) los folkloristas decimonónicos. Pero los mitos, en tanto que pueden describirse por medio de oposiciones formales abstractas, se encarnan se transmiten y actúan en situaciones sociales concretas, a través de individuos de carne y hueso".

Podría pensarse que el tono personal con que el Viejo Antonio dota a la conciencia compartida de la comunidad y al mensaje de los "antiguos dioses" hay que abonárselo al sincretismo de Marcos, quien de este modo incorporaría protagonismos individuales, caros al mundo "moderno", en el discurso colectivista y supuestamente indiferenciado de las sociedades agrarias.

No hay tal. Antonio no es un personaje propio de la cultura occidental colado en el "impersonal" mundo indígena. Sin duda las comunidades rurales tienen en la preeminencia de lo colectivo su condición de sobrevivencia dentro de un mundo hostil, pero esto no implica ausencia de individuación. La hipótesis de que las singularidades humanas son atributo "civilizado", mientras que lo propio de las sociedades agrarias es el comunitarismo indiferenciado, se parece mucho a la noción popular de que todos los "negros", o los "chinos", o los "indios" son iguales. Ocurrencia racista que en su versión [redacted]

nónicos —y algunos etnólogos y antropólogos contemporáneos— presentar bajo su sola firma las palabras anónimas de los "informantes", portavoces fantasmales de la comunidad "primitiva".

En el fin del milenio los indios están saliendo de las sombras, y sin duda su protagonismo es en parte colectivo. Pero junto con los pueblos y las comunidades como tales también se hacen visibles los individuos; personajes entrañables como el Viejo Antonio que son portavoces del México profundo, pero también hombres de carne y hueso, o cuando menos de palabras y humo.

ARMANDO BARTRA
MÉXICO D. F. JUNIO 1998

BIBLIOGRAFÍA

Andrés Aubry, *Cuando dejamos de ser aplastados*, 2 volúmenes, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional Indigenista, México, 1982.

Carlo Ginzburg, *Historia nocturna, un desciframiento del aquelarre*, Muchnik Editores, Barcelona, 1991.

Antonio Gómez y Mario Ruz (editores), *Memoria baldía. Los Tojolabales y las fincas. Testimonios*, UNAM, UACH, México, 1992.

Calixta Guiteras Holmes, *Los peligros del alma: Visión del mundo de un tzotzil*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

Robert M. Laughlin, "Of Cabbages and Kings, Tales of Zinacantán", *Smithsonian Contributions to Anthro-pology*, November 3, Washington, 1977.

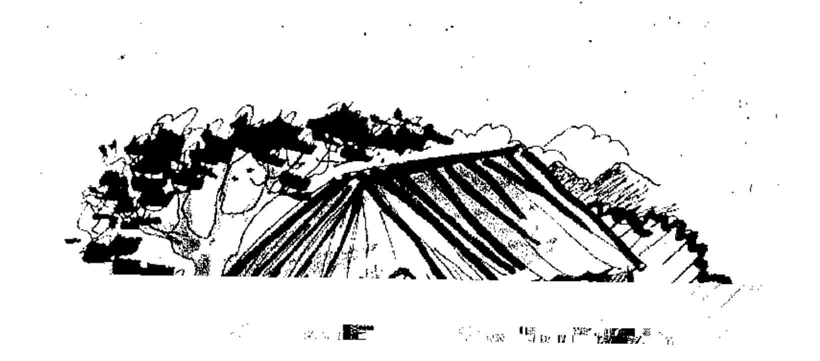
Ricardo Pozas Arciniegas, *Juan Pérez Jolote*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

I

Sueña Antonio con que la tierra que trabaja le pertenece, sueña que su sudor es pagado con justicia y verdad, sueña que hay escuela para curar la ignorancia y medicina para espantar la muerte, sueña que su casa se ilumina y su mesa se llena, sueña que su tierra es libre y que es razón de su gente gobernar y gobernarse, sueña que está en paz consigo mismo y con el mundo. Sueña que debe luchar para tener ese sueño, sueña que debe haber muerto para que haya vida. Sueña Antonio y despierta... ahora sabe qué hacer y ve a su mujer en cuclillas atizar el fogón, oye a su hijo llorar, mira el sol saludando al oriente, y afila su machete mientras sonríe. Un viento se levanta y todo lo revuelve, él se levanta y camina a encontrarse con otros. Algo le ha dicho que su deseo es deseo de muchos y va a buscarlos. Sueña el virrey con que su tierra se agita por un viento terrible que todo lo levanta, sueña con que lo que robó le es quitado, sueña que su casa es destruida y que el reino que gobernó se derrumba. Sueña y no duerme. El virrey va donde los señores feudales y éstos le dicen que sueñan lo mismo. El virrey no descansa, va con sus médicos y entre todos deciden que es brujería india

y entre todos deciden que sólo con sangre se librará de ese hechizo y el virrey manda matar y encarcelar y construye más cárceles y cuarteles y el sueño sigue desvelándolo.

En este país todos sueñan. Ya llega la hora de despertar...



II

"Cuando el mundo dormía y no se quería despertar, los grandes dioses hicieron su asamblea para tomar los acuerdos de los trabajos y entonces tomaron acuerdo de hacer el mundo y hacer los hombres y mujeres. Y llegó en la mayoría del pensamiento de los dioses de hacer el mundo y las personas. Y entonces pensaron de hacer las gentes y pensaron de hacerlas que fueran muy bonitas y duraran mucho y entonces hicieron a las primeras gentes de oro y quedaron conten[illegible] los dioses porque las gentes que [illegible] fuertes. Pero entonces los dio-

do a las gentes de madera a que las cargaran y les trabajaran.

"Y entonces los dioses vieron que estaba mal lo que hicieron y entonces buscaron un buen acuerdo para remediar la situación y entonces tomaron acuerdo de hacer las gentes de maíz las gentes buenas, los hombres y mujeres verdaderos, y se fueron a dormir y quedaron las gentes de maíz, los hombres y mujeres verdaderos, viendo de remediar las cosas porque los dioses se fueron a dormir. Y las gentes de maíz hablaron la lengua verdadera para hacer acuerdo entre ellas y se fueron a la montaña para ver de hacer un buen camino para todas las gentes."

Me contó el Viejo Antonio que las gentes de oro eran los ricos, los de piel blanca, y que las gentes de madera eran los pobres, los de piel morena, que trabajaban para los ricos y los cargaban siempre y que las gentes de oro y las gentes de madera esperan la llegada de las gentes de maíz, las primeras con miedo y las segundas con esperanza. Le pregunté al Viejo Antonio de qué color era la piel de las gentes de maíz y me enseñó varios tipos de maíz, de colores diversos, y me dijo que eran de todas las pieles pero nadie sabía bien, porque las gentes de maíz, los hombres y mujeres verdaderos, no tenían rostro...

Se murió el Viejo Antonio. Lo conocí hace 10 años, en una comunidad muy adentro de la selva. Fumaba como nadie y, cuando se acabaron los cigarros, me pedía tabaco y se hacía cigarrillos con "doblador". Veía mi pipa con curiosidad y, cuando alguna vez intenté prestársela, me mostró el cigarrillo de "doblador" en su mano, diciéndome sin palabras que prefería su método de fumar. Hace unos dos años, en 1992, cuando recorría comunidades haciendo las reuniones para ver si se empezaba la guerra o no, me llegué hasta el pueblo del Viejo Antonio. Me llegó a alcanzar Antonio hijo y atravesamos potreros y cafetales. Mientras la comunidad discutía lo de la guerra, el Viejo Antonio me tomó del brazo y me condujo hasta el río, unos 100 metros más abajo del centro del poblado. Era mayo y el río era verde y de discreto cauce. El Viejo Antonio se sentó en un tronco y nada dijo. Después de un rato habló: "¿Lo ves? Todo está tranquilo y claro, parece que no pasa nada..." "mmmh", le dije, sabiendo que no esperaba ni un sí ni un no. Después me señaló la punta de la montaña más cercana. Las nubes se acostaban, grises, en la cúspide y los relámpagos quebraban el azul difuso de las lomas. Una tormenta de las de deveras, pero se veía tan lejana e inofensiva que el Viejo Antonio empezó a liar un cigarrillo y a buscar inútilmente un encendedor que no tenía, sólo el tiempo suficiente para que yo le acercara el mío. "Cuando todo está en calma abajo, en la montaña hay tormenta,

los arroyos empiezan a tomar fuerza y toman rumbo hacia la cañada", dijo después de una bocanada. En la época de lluvias el río es fiero, un látigo marrón, un temblor fuera de cauce, es todo fuerza. No viene su poder de la lluvia que cae en sus riberas, son los arroyos que bajan de la montaña los que lo alimentan. Destruyendo, el río reconstruye la tierra, sus aguas serán maíz, frijol y panela en las mesas de la selva.

"Así es la lucha nuestra", me dice y se dice el Viejo Antonio. "En la montaña nace la fuerza, pero no se ve hasta que llega abajo". Y, respondiendo a mi pregunta de si él cree que ya es tiempo de empezar, agrega: "Ya es el tiempo de que el río cambie de color..." El Viejo Antonio calla y se incorpora apoyándose en mi hombro. Regresamos despacio. Él me dice: "Ustedes son los arroyos y nosotros el río... tienen que bajar ya..." Sigue el silencio y llegamos a la champa cuando ya oscurecía. Antonio hijo regresa al rato con el acta de acuerdo que decía, palabras más o menos:

"Los hombres y las mujeres y los niños se reunieron en la escuela de la comunidad para ver en su corazón si es la hora de empezar la guerra para la libertad y se separaron los 3 grupos o sea las mujeres, los niños y los hombres para discutir y ya luego nos reunimos otra vez en la escuelita y llegó su pensamiento en la mayoría de que ya se empiece la guerra porque México ya se está vendiendo con los extranjeros y el hambre pasa pero no pasa que

ya no somos mexicanos y en el acuerdo llegaron 12 hombres y 23 mujeres y 8 niños que ya tienen bueno su pensamiento y firmaron los que saben y los que no ponen su dedo."

Salí en la madrugada, el Viejo Antonio no estaba, temprano se fue al río.

Volví a ver al Viejo Antonio hace unos dos meses. Nada dijo cuando me vio y me senté a su lado y, con él, me puse a desgranar mazorcas de maíz. "Se creció el río", me dijo después de un rato. "Sí", le dije. Le expliqué a Antonio hijo lo de la consulta y le entregué los documentos donde vienen nuestras demandas y las respuestas del gobierno. Hablamos de cómo le había ido en Ocosingo y, de nuevo en la madrugada, salí de regreso. En un recodo del camino real me estaba esperando el Viejo Antonio, me detuve a su lado y bajé la mochila buscando el tabaco para ofrecerle. "Ahora no", me dijo rechazando la bolsa que le tendía. Me apartó de la columna y me llevó al pie de una ceiba. "¿Te acuerdas de lo que te conté de los arroyos en la montaña y el río?, me preguntó. "Sí", respondí con el mismo murmullo con el que me preguntaba. "Me faltó decirte algo", agrega él mirándose la punta de los pies descalzos. Respondí en silencio. "Los arroyos...", se detiene por la tos que domina el cuerpo, toma un poco de aire y continúa: "Los arroyos... cuando bajan...", un nuevo acceso de tos que me hace llamar al sanitario de la columna; él rechaza al compañero de la cruz roja en el

hombro; el insurgente me mira y le hago una seña para que se retire. El Viejo Antonio espera a que se aleje la mochila de medicinas y, en la penumbra, sigue: "Los arroyos... cuando bajan... ya no tienen regreso... más que bajo tierra". Me abraza rápido y rápido se va. Yo me quedo viendo cómo se aleja su sombra, enciendo la pipa y cargo la mochila. Ya en el caballo recuerdo la escena. No sé por qué, estaba muy oscuro, pero el Viejó Antonio... me pareció que lloraba...

Ahora me llega la carta de Antonio hijo con el acta del poblado con su respuesta a las propuestas del gobierno. Me dice Antonio hijo que el Viejo Antonio se puso muy grave de pronto, que ya no quiso que me avisaran y que esa noche se murió. Dice Antonio hijo que, cuando le insistían en que me avisarían, el Viejo Antonio sólo dijo: "No, ya le dije lo que tenía que decirle... Déjenlo, ahora tiene mucho trabajo..."



III

En el Comité estuvimos discutiendo toda la tarde. Buscamos la palabra en lengua para decir "RENDIR" y no la encontramos. No tiene traducción en tzotzil ni en tzeltal, nadie recuerda que esa palabra exista en tojolabal o en chol. Llevan horas buscando equivalentes. Afuera llueve y una nube compañera viene a recostarse con nosotros. El Viejo Antonio espera a que todos se vayan quedando callados y sólo quede el múltiple tambor de la lluvia sobre el techo de lámina. En silencio se me acerca el Viejo Antonio, tosiendo la tuberculosis, y me dice al oído: "Esa palabra no existe en lengua verdadera, por eso los nuestros nunca se rinden y mejor se mueren, porque nuestros muertos mandan que las palabras que no andan no se vivan". Después se va hacia el fogón para espantar el miedo y el frío. Se lo cuento a Ana María, ella me mira con ternura y me recuerda que el Viejo Antonio ya está muerto...

La incertidumbre de las últimas horas de diciembre pasado se repite. Hace frío, las guardias se relevan con una contraseña que es un murmullo. Lluvia y lodo apagan todo, los humanos murmuran y el agua grita. Alguien pide

un cigarrillo y el fósforo encendido ilumina la cara de la combatiente que está en la posta... un instante solamente... pero se alcanza a ver que sonríe... Llega alguien, con la gorra y el fusil chorreando agua. "Hay café", informa. El Comité, como es costumbre en estas tierras, hace una votación para ver si toman café o siguen buscando el equivalente de "RENDIRSE" en lengua verdadera. Por unanimidad gana el café. NADIE SE RINDE...

¿Nos quedaremos solos?

IV

El león mata mirando

El Viejo Antonio cazó un león de montaña (que viene siendo muy parecido al puma americano) con su vieja chimba (escopeta de chispa). Yo me había burlado de su arma días antes: "De estas armas usaban cuando Hernán Cortés conquistó México", le dije. Él se defendió: "Sí, pero mira ahora en manos de quién está". Ahora estaba sacando los últimos tirones de carne de la piel, para curtirla. Me muestra orgulloso la piel. No tiene ningún agujero. "En el mero ojo", me presume. "Es la única forma de que la piel no tenga señales de maltrato", agrega. "¿Y qué va a hacer con la piel?", pregunto. El Viejo Antonio no me contesta, sigue raspando la piel del león con su machete, en silencio. Me siento a su lado y, después de llenar la pipa, trato de prepararle un cigarrillo con "doblador". Se lo tiendo sin palabras, él lo examina y lo deshace. "Te falta", me dice mientras lo vuelve a forjar. Nos sentamos a participar juntos en esa ceremonia del fumar.

Entre chupada y chupada, el Viejo Antonio va hilando la historia:

"El león es fuerte porque los otros animales son débiles. El león come la carne de otros porque los otros se dejan comer. El león no mata con las garras o con los colmillos. El león mata mirando. Primero se acerca despacio... en silencio, porque tiene nubes en las patas y le matan el ruido. Después salta y le da un revolcón a la víctima, un manotazo que tira, más que por la fuerza, por la sorpresa.

"Después la queda viendo. La mira a su presa. Así... (el Viejo Antonio arruga el entrecejo y me clava los ojos negros). El pobre animalito que va a morir se queda viendo nomás, mira al león que lo mira. El animalito ya no se ve él mismo, mira lo que el león mira, mira la imagen del animalito en la mirada del león, mira que, en su mirarlo del león, es pequeño y débil. El animalito ni se pensaba si es pequeño y débil, era pues un animalito, ni grande ni pequeño, ni fuerte ni débil. Pero ahora mira en el mirarlo del león, mira el miedo. Y, mirando que lo miran, el animalito se convence, él solo, de que es pequeño y débil. Y, en el miedo que mira que lo mira el león, tiene miedo. Y entonces el animalito ya no mira nada, se le entumen los huesos así como cuando nos agarra el agua en la montaña, en la noche, en el frío. Y entonces el animalito se rinde así nomás, se deja, y el león se lo zampa sin pena. Así mata el león. Mata mirando. Pero hay un animalito que no hace así, que cuando lo topa el león no le hace caso y se sigue como si nada, y si el león

lo manotea, él contesta con un zarpazo de sus manitas, que son chiquitas pero duele la sangre que sacan. Y este animalito no se deja del león porque no mira que lo miran... es ciego. "Topos", les dicen a esos animalitos".



Parece que el Viejo Antonio acabó de hablar. Yo aventuro un "sí, pero..." El Viejo Antonio no me deja continuar, sigue contando la historia mientras se forja otro cigarrillo. Lo hace lentamente, volteando a verme cada tanto para ver si estoy poniendo atención.

"El topo se quedó ciego porque, en lugar de ver hacia fuera, se puso a mirarse el corazón, se trincó en mirar para dentro. Y nadie sabe por qué llegó en su cabeza del topo eso de mirarse para dentro. Y ahí está de necio el topo en mirarse el corazón y entonces no se preocupa de fuertes o débiles, de grandes o pequeños, porque el corazón es el corazón y no se mide como se miden las cosas y los animales. Y eso de mirarse para dentro sólo lo podían

hacer los dioses y entonces los dioses lo castigaron al topo y ya no lo dejaron mirar pa'fuera y además lo condenaron a vivir y caminar bajo la tierra. Y por eso el topo vive abajo de la tierra, porque lo castigaron los dioses. Y el topo ni pena tuvo porque siguió mirándose por dentro. Y por eso el topo no lo tiene miedo al león. Y tampoco lo tiene miedo al león el hombre que sabe mirarse el corazón.

"Porque el hombre que sabe mirarse el corazón no ve la fuerza del león, ve la fuerza de su corazón y entonces lo mira al león y el león lo mira que lo mira el hombre y el león mira, en el mirarlo del hombre, que es sólo un león y el león se mira que lo miran y tiene miedo y se corre."

"¿Y usted se miró el corazón para matar a este león?, interrumpo. Él contesta: ¿Yo? N'hombre, yo miré la puntería de la chimba y el ojo del león y ahí nomás disparé... del corazón ni me acordé..." Yo me rasco la cabeza como, según aprendí, hacen aquí cada que no entienden algo.

El Viejo Antonio se incorpora lentamente, toma la piel y la examina con detenimiento. Después la enrolla y me la entrega. "Toma", me dice. "Te la regalo para que nunca olvides que al león y al miedo se les mata sabiendo a dónde mirar..." El Viejo Antonio da media vuelta y se mete a su champa. En el lenguaje del Viejo Antonio eso quiere decir: "Ya acabé. Adiós". Yo metí en una bolsa de nylon la piel del león y me fui...

V

Una noche, una lluvia, un frío. Diciembre de 1984. El Viejo Antonio mira la luz. En la hoguera el fuego espera, inútilmente, la carne del venado "cola blanca" que salimos a "lamparear" sin éxito. En la hoguera bailan los colores, hablan. El Viejo Antonio mira el fuego, escucha.

Arrastrándose, apenas disputando el sonido de grillos y el balbuceo de las llamas, en las palabras del Viejo Antonio se va tejiendo una historia de muy lejos, cuando eran muy mayores los mayores y los viejos del hoy andaban todavía dando tumbos en la sangre y el silencio de una hoguera como la de esta noche, pero diez, cien, mil, un millón de noches antes de ésta sin venado y con frío, con lluvia, sin nadie que nos lleve la cuenta:

En el principio era el agua de la noche. Todo era agua, todo noche era. Andaban los dioses y los hombres como loquitos, tropezando y cayendo como viejitos bolos. No había luz para mirarse el paso, no había tierra para acostar el cansancio y el amor.

No había tierra, no había luz, no era bueno el mundo.

Entonces, los dioses, en la noche, en el agua, se fueron a topar unos con otros y se enojaron y empezaron a decir

palabras fuertes y grande era el enojo de los dioses porque grandes eran los dioses. Y los hombres y las mujeres, pura oreja, puro tzots', hombres y mujeres murciélago, se escondieron del ruido de los grandes enojos de los dioses. Y entonces los dioses se quedaron solos, y cuando pasó su enojo se dieron cuenta de que sólos estaban, y grande fue su pena de estarse solos y, apenados como estaban, se dieron en llorar los dioses y grande fue su llanto porque sin los hombres y mujeres los dioses solos estaban. Y lágrima y lágrima, y llanto y llanto, más agua vino al agua y no había remedio pues seguían la noche y el agua llenándose de tanta agua y noche, de la pena llorada de los dioses.

Y los dioses tuvieron frío, porque estando solo se siente frío, y más si todo es agua de noche, y pensaron los dioses en llegar a un buen acuerdo que solos no los tuviera, que trajera a salir de las cuevas a los hombres y mujeres murciélago, que trajera la luz que alumbrara el paso y la tierra trajera para acostar el amor y el cansancio. Y entonces los dioses sacaron acuerdo de ponerse a soñar juntos y llegó en el acuerdo de su corazón de soñar la luz y la tierra soñar. A soñar el fuego se pusieron y agarraron el silencio que nomás por ahí andaba y se soñaron un fuego y, en medio del silencio, del agua-noche que llenaba todo, en medio de los dioses, una herida apareció, una rajadita sobre el agua-noche, una palabrita así chiquita que se bailaba y grande se hacía y chiquita y se

alargaba y gorda y flaca se ponía y se bailaba en el centro de los dioses que eran siete porque ahora se veía que eran siete y se vieron y se dieron en contarse y se llegaron al siete porque eran siete los dioses más grandes, los primeros. Y rápido se dieron los dioses en hacerle casita a la palabrita esa que en medio bailaba, que en silencio bailaba. Y se dieron en arrimarle otras palabritas que salieron de sus sueños. Y "fuego" le llamaron a esas palabritas que se bailaban, y ya juntas hablaron y se empezó a traerse la tierra y la luz alrededor del fuego, y los hombres y mujeres murciélago se salieron de las cuevas y se asomaron y se vieron y se tocaron y se amaron, y ya había luz y tierra había, y ya se miraba el paso y ya se acostaban el amor y el cansancio... en la luz...en la tierra. Ya los dioses no los vieron porque se fueron a hacer asamblea general y estaban en su champa y no salían y nadie podía entrarse porque los dioses estaban haciendo acuerdo. Y en la champa los dioses sacaron acuerdo de que el fuego no se apagara porque mucha era el agua-noche y poca la luz y la tierra.

Y se llegó en el acuerdo de llevar para arriba el fuego, para el cielo, para que el agua-noche no lo alcanzara. Y mandaron decir a los hombres y mujeres murciélago que se tuvieran dentro de las cuevas porque iban a levantar el fuego, hasta el cielo dijeron. Y una rueda hicieron los dioses en torno al fuego y echaron en discutir quién debía llevar el fuego para arriba y morirse abajo para vivir

arriba, y no se ponían de acuerdo los dioses porque no se querían morir abajo los dioses, y dijeron los dioses que vaya el dios más blanco, porque era el más hermoso y así el fuego sería hermoso allá arriba, pero el dios blanco fue cobarde y no quería morirse para vivir, y entonces el más negro y más feo de los dioses, el ik', dijo que él lo llevaba para arriba al fuego y se dio en agarrarlo el fuego y se quemó con el fuego y negro se puso y gris después y blanco y amarillo y naranja después y rojo luego y fuego se hizo, y se levantó palabreando hasta el cielo y ahí se quedó redondo y en veces es amarillo y en veces naranja, rojo, gris, blanco y negro, y "sol" le pusieron los dioses y más luz se llegó para más paso mirar y más tierra se vino y el agua-noche se echó para un lado y se vino la montaña. Y el dios blanco quedó tan apenado que mucho lloraba y por mucho llorar no miró su camino y se tropezó y se dio en caer en el fuego y se levantó también al cielo, pero más triste su luz que echaba porque mucho lloraba por su cobardía y una bola de fuego triste, pálido, del color del dios blanco, se quedó del lado del sol y "luna" le pusieron los dioses a esta bola blanca. Pero el sol y la luna ahí nomás se estaban y no se caminaban y los dioses se miraron con pena y grande fue su vergüenza.y se aventaron todos al fuego y entonces empezó a caminar el sol y la luna se puso a irse detrás de él, para pedirle perdón dice.

Y hubo día y hubo noche y los hombres y mujeres

murciélago se salieron de las cuevas y le hicieron su champa cerca del fuego y estaban siempre con los dioses de día y de noche porque de día el sol y la luna de noche.

Lo que siguió después no fue acuerdo de los dioses, ellos ya se habían muerto...para vivir...

El Viejo Antonio separa con sus manos, un tizón de la hoguera. Lo deja en el suelo.

"Mira" me dice. Del rojo, el tizón sigue el camino inverso que el señor negro del cuento: naranja, amarillo, blanco, gris, negro, aún caliente, las manos callosas del Viejo Antonio lo toman y me lo da. Yo trato de fingir que no me quema, pero lo suelto casi inmediatamente. El Viejo Antonio sonríe y tose, lo vuelve a tomar del suelo y lo remoja en un charquito de agua de lluvia, de agua-noche. Ya frío me lo vuelve a dar.

"Toma...recuerda que el rostro cubierto de negro esconde la luz y el calor que harán falta a este mundo", me dice y se me queda viendo.

"Vámonos", agrega mientras se incorpora, y agrego: "esta noche el "cola blanca" no vendrá, el comedero no está huellado".

Yo hago por apagar la fogata, el Viejo Antonio me dice, ya con su morraleta al hombro y la chimba en

la mano, "déjalo así...con este frío hasta la noche agradece un poco de calor...".

Nos fuimos los dos, en silencio. Llovía y sí, hacía frío...

Otra noche, otra lluvia, otro frío. 17 de noviembre de 1993. Décimo aniversario de la formación del EZLN. El Estado Mayor Zapatista se agolpa en torno al fogón. Están los planes generales y se han avanzado detalles a nivel táctico. La tropa se ha ido a dormir, sólo los oficiales con grado de Mayor permanecen despiertos. Está también el Viejo Antonio, es el único que puede franquear todas las postas zapatistas y entrar donde sea sin que nadie se atreva a impedirle el paso. La reunión formal terminó y ahora, entre bromas y anécdotas, se trazan planes y sueños. Surge el tema de los rostros cubiertos, que si pallacates, que si antifaces, que si máscaras de carnaval. Voltean a verme.

"Pasamontañas", les digo, "¿Y cómo vamos a hacer las mujeres con el pelo largo?" Pregunta y protesta Ana María.

"Que lo corten su pelo" dice Alfredo.

"¡N'ombre! ¿Cómo crees? yo digo que hasta falda deben llevar" dice Josué.

"Que lleve falda tu abuela", responde Ana María.

Moisés mira al techo en silencio y rompe la discusión con un "¿y de qué color los pasamontañas?

"Café...como la gorra", dice Rolando. Algún otro dice que verde. El Viejo Antonio me hace una seña y me aparto del grupo. "¿Tienes el tizón de la otra noche?", pregunta.

"Sí, en la mochila" respondo. "Ve por él" me dice y se encamina al grupo en torno al fogón. Cuando regreso con el tizón todos están, en silencio, en torno a la fogata y con el Viejo Antonio mirando fijamente el fuego, como la noche aquella del venado "cola blanca". "Aquí está", le digo y pongo el negro tizón en su mano. El Viejo Antonio me mira fijamente y pregunta: "¿Recuerdas?".



Asiento en silencio. El Viejo Antonio pone el tizón en medio del fuego primero gris, blanco, amarillo, naranja, rojo, fuego. El tizón es ya fuego y luz. El Viejo Antonio me mira otra vez y se va por entre la niebla.

Todos quedamos mirando el tizón, el fuego, la luz.

"Negros", digo.

"¿Qué?", pregunta Ana María.

Yo repito sin dejar de mirar el fuego: "negros, los pasamontañas serán color negro..."

Nadie se opone...

Otra noche, otra lluvia, otro frío. 30 de diciembre de 1993. Las últimas tropas inician su marcha para tomar posición. Un camión se atasca en el lodazal, los combatientes empujan para sacarlo. El Viejo Antonio se me acerca con un cigarro apagado en la boca. Se lo enciendo y enciendo la pipa con la cazuela boca abajo, técnica que inventé a fuerza de lluvias. "¿Cuándo?", pregunta el Viejo Antonio. "Mañana", respondo, y agrego: "si llegamos a tiempo...". "hace frío...", dice él y se cierra la vieja chamarra.

"Mmmmh" respondo. Forja otro cigarro mientras me dice: "necesita algo de luz y calor esta noche". Le sonrío mientras le muestro el pasamontañas negro. Lo toma en sus manos, lo examina, me lo devuelve. "¿Y el tizón?" pregunta. "Se hizo fuego esa noche...no quedó nada" le digo apenado.

"Así es de por sí" dice el Viejo Antonio con la voz quebrada. "Morir para vivir" dice y me da un abrazo. Se pasa la manga por los ojos y murmura: "llueve mucho, ya me mojé hasta los ojos". El camión se desatascó y me llaman, volteo a despedirme del Viejo Antonio. Ya no estaba...

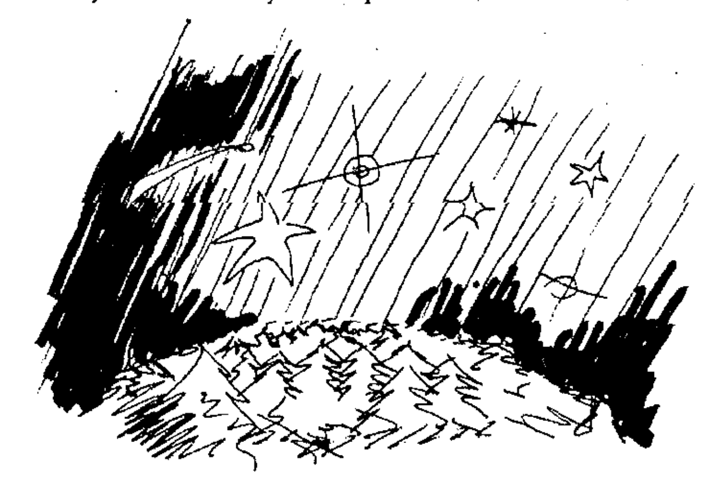
VI

La historia de la Noche y las Estrellas

"Hace muchas noches todo era noche. Era un largo techo de sombra el cielo y era triste el canto de los hombres y mujeres. Los dioses sintieron pena por el triste cantar de los hombres y mujeres y se dieron en reunirse para sacar acuerdo. Porque los dioses siempre sacaban acuerdo para hacer los trabajos, y así aprendieron a hacer nuestros mayores y así aprendimos nosotros. A sacar acuerdo para hacer los trabajos aprendimos. Los dioses sacaron acuerdo de quitar el techo de la noche y que la luz que estaba arriba se cayera toda sobre los hombres y mujeres para que así no estuviera triste su canto de los hombres y mujeres. Y lo quitaron todo el techo de la noche y se vino toda la luz que era mucha, porque era la noche larga y tapaba desde el río hasta la montaña y era mucha la luz que detenía el largo techo de la noche. Los hombres y mujeres se quedaron ciegos porque era mucha la luz y no tenían descanso los ojos y el cuerpo trabajaban siempre porque toda la luz no los dejaba. Y se quejaron los hombres y mujeres por tanta luz que daño les hacía porque eran hombres y mujeres murciélago. Y los dioses se die-

ron cuenta de que estuvo mal lo que hicieron, porque eran dioses pero no eran tontos y sabían ver si estaba mal su acuerdo y se reunieron otra vez y sacaron nuevo acuerdo de poner otra vez el largo techo de la noche mientras pensaban bien cómo hacer un buen acuerdo. Y tardaron en ese acuerdo y tardó la larga noche y por eso los hombres y mujeres murciélago aprendieron a caminar de noche, sin luz porque mucho tardaron los dioses en resolver la problema del largo techo de la noche. Y ya después que acabaron los dioses de sacar su acuerdo, fueron donde estaban los hombres y mujeres y pidieron voluntarios para resolver el problema. Y dijeron los dioses que los voluntarios serían pedacitos de luz que salpicarían en el techo de la noche para que no fuera tan larga la noche. "Serán estrellas" dijeron los dioses. Y todos los hombres y mujeres dijeron que eran voluntarios porque todos querían ser estrellas y ya no querían ser hombres y mujeres murciélago, y todos y todas se hicieron estrellas y lo hoyaron todo el techo de la larga noche y ya no quedó ni un pedacito bueno del techo de la noche y todo era otra vez pura luz y la problema no se terminaba y era peor porque ya se había roto todo el techo de la noche y ya no había cómo tapar la luz que se caía por todos lados. Y los dioses ya no se dieron cuenta porque ya estaban dormidos muy contentos que ya lo habían resuelto la problema y no tenían pena y por eso se durmieron.

Y entonces los hombres y mujeres murciélago tuvieron que resolver ellos solos los problemas que ellos y ellas mismos habían hecho. Y entonces hicieron como los dioses y se reunieron para sacar acuerdo y vieron que no sirve si todos quieren ser estrellas, que para que unos brillen deben apagarse otros. Y entonces se armó una gran discusión porque nadie quería apagarse y todos querían brillar y ser estrellas. Pero entonces los hombres y mujeres verdaderos, los de corazón de color de la tierra, porque el maíz viene de la tierra, dijeron que ellos se apagarían y entonces se apagaron y así quedó cabal la noche porque había negro y había luz, y así es como las estrellas pudieron brillar gracias a las que se apagaron, que si no todavía estaríamos ciegos. Y los dioses se despertaron y vieron que había noche y había estrellas y que era bonito el mundo así como lo habían hecho y se fueron y ellos lo creyeron que ellos, los dioses, habían



resuelto la problema. Pero qué va a ser así, fueron los hombres y mujeres que sacaron buen acuerdo y lo cumplieron. Pero los dioses no lo supieron porque estaban dormidos y se fueron pensando que ellos lo habían arreglado todo, pobrecitos que nunca lo supieron cómo llegó cuando nacieron las estrellas y la noche que son el techo de los hombres y mujeres verdaderos. Y así está la historia: algunos tienen que estar apagados para que brillen otros, pero los que brillan lo hacen por los apagados. Que si no, pues nadie brilla."

VII

La historia de los colores

El Viejo Antonio señala una guacamaya que cruza la tarde. "Mira", dice. Yo miro ese hiriente rayo de colores en el marco gris de una lluvia anunciándose. "Parecen mentira tantos colores para un solo pájaro", digo al alcanzar la punta del cerro. El Viejo Antonio se sienta en una pequeña ladera libre del lodo que invade este camino real. Recobra la respiración mientras forja un nuevo cigarro. Yo me doy cuenta, apenas unos pasos adelante, que él quedó atrás. Me vuelvo y me siento a su lado. "¿Usted cree que llegaremos al pueblo antes de que llueva?", le pregunto mientras enciendo la pipa. El Viejo Antonio parece no escuchar. Ahora es una parvada de tucanes lo que distrae su vista. En su mano el cigarro espera el fuego para iniciar el lento dibujo del humo. Carraspea, da fuego al cigarro y se acomoda, como puede, para iniciar, lentamente.

"No así era la guacamaya. Acaso tenía colores. Puro gris era. Sus plumas eran rabonas, como gallina mojada. Una más entre tanto pájaro que a saber cómo se llegó al mundo porque los dioses no se sabían quién y cómo ha-

bía hecho los pájaros. Y así era de por sí. Los dioses despertaron después de que la noche había dicho "hasta aquí nomás" al día y los hombres y mujeres se estaban dormidos o amándose, que es una forma bonita de cansarse para dormirse luego. Los dioses peleaban, siempre peleaban estos dioses que salieron muy peleoneros, no como los primeros, los siete dioses que nacieron el mundo los más primeros. Y los dioses peleaban porque muy aburrido estaba el mundo con sólo dos colores que lo pintaban. Y era cierto el enojo de los dioses porque sólo dos colores se turnaban al mundo: el uno era el negro que mandaba la noche, el otro era el blanco que caminaba el día, y el tercero no era color, era el gris que pintaba tardes y madrugadas para que no brincaran tan duro el negro y el blanco. Y eran estos dioses peleoneros pero sabedores. Y en una reunión que se hicieron sacaron el acuerdo de hacer los colores más largos para que fuera alegre el caminar y el amar de los hombres y mujeres murciélago.

Uno de los dioses agarró en caminar para pensar mejor su pensamiento y tanto pensaba su pensamiento que no miró su camino y se tropezó en una piedra así de grande y se pegó en su cabeza y le salió sangre de su cabeza. Y el dios, luego que pasó chilla y chilla un buen rato, la miró su sangre y la vio que es otro color que no es los dos colores y fue corriendo a donde estaban los demás dioses y les mostró el color nuevo y "colorado" le pusieron

a ese color, el tercero que nacía. Después, otro de los dioses buscaba un color para pintar la esperanza. Lo encontró después de un buen rato, fue y lo mostró en la asamblea de los dioses y "verde" le pusieron a ese color, el cuarto. Uno más empezó a rascar harto en la tierra "¿Qué haces?", le preguntaron los demás dioses. "Busco el corazón de la tierra", respondió mientras aventaba tierra para todos lados. Al rato lo encontró el corazón de la tierra y lo mostró a los demás dioses y "café" le pusieron a ese quinto color. Otro dios se fue mero pa'rriba, "voy a mirar de qué color es el mundo", dijo y se dio en trepar y trepar hasta allá arriba. Cuando llegó bien alto, miró para abajo y vio el color del mundo, pero no sabía cómo llevarlo hasta donde estaban los demás dioses, entonces quedó mirando un buen tanto, hasta que se quedó ciego, porque ya tenía pegado en los ojos el color del mundo. Se bajó como pudo, a los tropezones, y se llegó al lugar de la asamblea de los dioses y les dijo: "En mis ojos traigo el color del mundo", y "azul" le pusieron al color sexto. Otro dios estaba buscando colores cuando escuchó que un niño se reía, se acercó con cuidado y, cuando se descuidó el niño, el dios le arrebató la risa y lo dejó llorando. Por eso

dicen que los niños de repente están riendo y de repente están llorando. El dios llevó la risa del niño y "amarillo" le pusieron a ese séptimo color.

Para entonces los dioses ya estaban cansados y se fueron a tomar pozol y a dormirse y los dejaron a los colores en una cajita, botada bajo una ceiba.

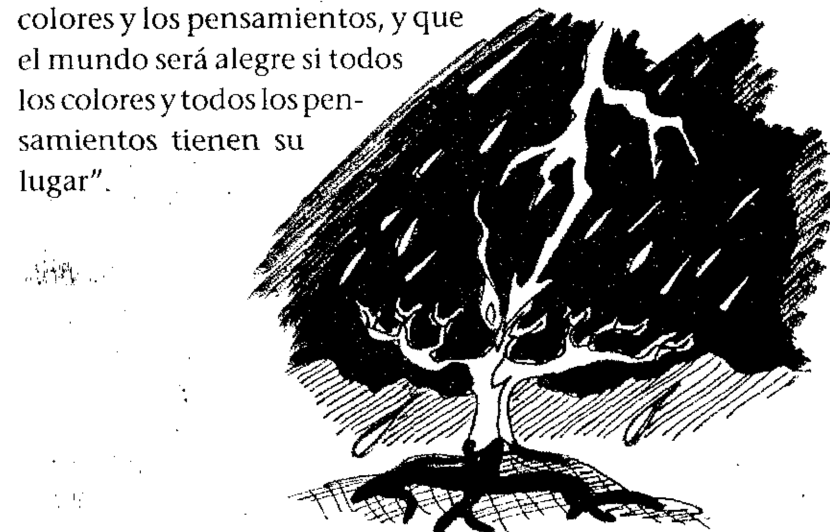
La cajita no estaba bien cerrada y los colores se salieron y empezaron a hacer alegría y se amaron y salieron más colores diferentes y nuevos y la ceiba lo miró todo y los tapó para que la lluvia no los borrara a los colores y cuando llegaron los dioses ya no eran siete colores sino bastantes y la miraron a la ceiba y le dijeron: "Tu pariste los colores, tu cuidarás el mundo y desde tu cabeza pintaremos el mundo".

Y se subieron al copete de la ceiba y desde ahí empezaron a aventar los colores así nomás y el azul se quedó parte en el agua y parte en el cielo, y el verde le cayó a los árboles y las plantas, y el café, que era más pesado, se cayó en la tierra, y el amarillo, que era una risa de niño, voló hasta pintar el sol, el rojo llegó en su boca de los hombres y de los animales y lo comieron y se pintaron de rojo por dentro, y el blanco y el negro ya de por sí estaban en el mundo, y era un relajo cómo aventaban los colores los dioses, ni se fijaban dónde llega el color que

avientan y algunos colores salpicaron a los hombres y por eso hay hombres de distintos colores y de distintos pensamientos.

Y ya luego se cansaron los dioses y se fueron a dormir otra vez. Puro dormir querían estos dioses que no eran los primeros, los que nacieron el mundo.

Y, entonces, para no olvidarse de los colores y no se fueran a perder, buscaron modo de guardarlos. Y se estaban pensando en su corazón cómo hacer cuando la vieron a la guacamaya y entonces la agarraron y le empezaron a poner encima todos los colores y le alargaron las plumas para que cupieran todos. Y así fue como la guacamaya se agarró color y ahí lo anda paseando, por si a los hombres y mujeres se les olvida que muchos son los colores y los pensamientos, y que el mundo será alegre si todos los colores y todos los pensamientos tienen su lugar".



VIII

La historia de las nubes y la lluvia

Un aire caliente y repentino nos aventó al suelo. Un rayo cayó en un árbol cercano. El negro garabato empezó a arder y, con esa luz, empecé a buscar al Viejo Antonio para ver si estaba bien. El Viejo Antonio estaba, como yo, batido de lodo y se apresuraba a extender el nylon para intentar protegernos de una lluvia que, a mi entender de novato, no pararía nunca, me acerqué a ayudarle y, después, nos sentamos a esperar a que dejara de llover. El Viejo Antonio deja, por un momento, el techo de plástico y se pierde entre los árboles. Regresa luego con pedazos de rama del árbol desgajado por el rayo, algunos con fuego todavía. Rápidamente forma una hoguera y hace lo que, en la montaña, se hace en esos casos, cuando uno tiene mojado hasta el corazón, es decir, poner a secar lo más importante: el tabaco.

Yo he aprendido ya a llevar pipa y tabaco en una bolsita de plástico, pero espero a que el tabaco del Viejo Antonio se seque, a que forje con doblador, a que encienda el ritual de la palabra, a que, en el calor que nos acaricia manos y mejillas, crezca, como el humo en los

labios del Viejo Antonio, una húmeda y conflictiva historia.

"Los dioses primeros, los que nacieron el mundo, se dieron en morirse para que la tierra tuviera luz y caminaran la verdad y el amor en los pasos de los hombres y mujeres murciélago. Pero, antes de eso, los dioses primeros, que eran siete, se dieron en soñarse a sí mismos para no morirse cuando se murieran. Los sueños de los siete dioses primeros, los que nacieron el mundo, quedaron flotando como trapos rotos. Blancos flotaban 'onde quiera estos sueños y se ensuciaron de tierra y grises y un poco cafés se pusieron esas 'nubes', que así les pusieron los hombres y mujeres verdaderos al recuerdo que los dioses primeros, los que nacieron el mundo, dejaron para no morirse cuando se murieran.

"Cuando los siete dioses primeros se murieron para vivir, vino un gran dolor a dolerse en los pasos del mundo todo. Doliendo dolía el dolor de no tener ya a los primeros padres, los dioses que nacieron el mundo.

"Tanto se dolía el agua que a un lado se hacía y se dolía pa' dentro y chiquita se hacía. De dolor la tierra se secaba y doliendo se secaba el vientre y las ganas de los hombres y mujeres verdaderos. Dolían las plantas de los pies en el paso, el día dolía, dolía la noche, gritaba el dolor o en las noches de grillos y cocuyos, gritaba el dolor o en las cigarras y en los escarabajos del día. Todo era dolor, las piedras eran dolor y dolía la esperanza. El dolor

se llegó hasta las montañas, lugar donde se descansaban las nubes, los sueños de los dioses primeros, los que nacieron el mundo, los que tuvieron que morir para vivir. Despertó el dolor a las nubes. Despacio se despertó el dolor que dolía a las nubes, porque de tanta tierra y gris como cartón estaban y no rápido se movían. Despacio se despertaban, como cuando el amor o el dolor hacen doler los huesos después de mucho amor o dolor en las noches de las montañas. Hablaron entonces los sueños de los dioses primeros. Las nubes empezaron a ver el gran dolor que secaba el mundo y se dieron en doblar de cómo van a resolver la problema del dolido dolor que dolía a los hombres y mujeres verdaderos. Pero rápido llegó en su palabra de seis nubes el enojo y feo se hablaban y se criticaban y fuerte se hablaban y tronaba el cielo cuando se regañaban las nubes, los sueños de los dioses primeros.

"Y ya luego no nomás se peleaban de palabra, a los golpes se dieron y duro se pegaban las nubes en su coraje de no ganar su pensamiento que peleaba de ser el más grande, y fuego sacaban los golpes y en lo más arriba de la montaña relámpagos se veían. Y los hombres y mujeres verdaderos con miedo miraban los relámpagos y escuchaban los truenos de la dura pelea que en la montaña había.

"Mientras peleaban tres contra tres, una de las nubes, uno de los sueños de los dioses primeros, se recordó de dónde venían y cómo habían hecho los dioses que nacieron el mundo. El dolor se le hizo agua y una lágrima se lloró la nube séptima, porque siete fueron los dioses primeros y siete sus sueños. Y ese dolor que lágrima era habló fuerte entre la gran disputa de las nubes peleoneras y dijo: 'Mientras ustedes pelean yo me voy a aliviar con mi dolor el dolor de la tierra'. 'Sos muy pequeña', le dijeron las nubes otras, 'no alcanza tan poco alivio para tanto dolor como duele en la tierra. Nada podrás tú sola'. Pero la lágrima dolor que dolía en el sueño séptimo repitió: 'Me voy a aliviar con mi dolor el dolor de la tierra' y se aventó montaña abajo, para que su húmedo dolor besara con alivio el dolor de la tierra. Otro dolor lágrima se hizo en la nube séptima, y otro más, y muchos dolores muchas lágrimas se hicieron y se iban cayendo detrás de la primera lágrima, del dolor primero. 'Voy también', decían las lágrimas dolores que se dejaban ir así nomás para besar y aliviar la tierra. Y viendo que la nube séptima flaca se ponía de tanto dolor que dolían las lágrimas que echaba, las otras seis dejaron pendiente su peleadero y se



pusieron también a doler y a lloverse sobre el seco dolor de la tierra. Empezó así a llover y grande fue el dolor que, hecho lágrimas, alivió el dolor que doliendo se dolía en la tierra. Y alivio encontró la tierra en esa lluvia y se curó de tanto dolor, dicen, por la lágrima primera.

"Los hombres y mujeres verdaderos vieron esto y tomaron cuenta en su corazón que las peleas que no duelen aliviando, no sirven entre hermanos y, desde entonces, tres veces es el dolor y tres veces tres el alivio. Tres meses el calor duele en las tierras de los hombres y mujeres verdaderos, y tres veces, tres meses, nueve meses, llueve el alivio en las montañas, en la casa de siempre de los hombres y mujeres verdaderos... en el reposo de los sueños de los dioses primeros, los que nacieron el mundo.

Así enseñaron los dioses primeros, los que nacieron el mundo, los que ya muertos vivieron y en su dolor y en su sueño aliviaron el dolido dolor de la tierra. Así es de por sí. Para recordarles a los hombres y mujeres verdaderos que la pelea que no se llueve para aliviar la tierra es inútil, truena y relampaguea en lo más arriba de la montaña. Fuerte pelean las nubes y se cansan, pero no lloverá hasta que entiendan, como cuando se nació el mundo, que la pelea es por morirse aliviando, en un beso, la tierra. Sin nombre, sin rostro, peleando el privilegio de ser alivio siempre del doliente y dolido dolor de la tierra".

IX

La historia de las preguntas

Aprieta el frío en esta sierra. Ana María y Mario me acompañan en esta exploración, 10 años antes del amanecer de enero. Los dos apenas se han incorporado a la guerrilla y a mí, entonces teniente de infantería, me toca enseñarles lo que otros me enseñaron a mí: a vivir en la montaña. Ayer topé al Viejo Antonio por vez primera. Mentimos ambos.

Él diciendo que andaba para ver su milpa yo diciendo que andaba de cacería. Los dos sabíamos que mentíamos y sabíamos que lo sabíamos. Dejé a Ana María siguiendo el rumbo de la exploración y yo me volví a acercar al río para ver si, con el clisímetro, podía ubicar en el mapa un cerro muy alto que tenía al frente, y por si topaba de nuevo al Viejo Antonio. Él ha de haber pensado lo mismo porque se apareció por el lugar del encuentro anterior.

Como ayer, el Viejo Antonio se sienta en el suelo, se recarga en un huapac de verde musgo, y empieza a forjar un cigarro. Yo me siento frente a él y enciendo la pipa. El Viejo Antonio inicia:

No andas de cacería.

Yo respondo: "Y usted no anda para su milpa". Algo me hace hablarle de usted, con respeto, a este hombre de edad indefinida y rostro curtido como la piel del cedro, a quien veo por segunda vez en mi vida.

El Viejo Antonio sonríe y agrega: "He oído de ustedes. En las cañadas dicen que son bandidos. En mi pueblo están inquietos porque pueden andar por esos rumbos".

"Y usted ¿cree que somos bandidos?", pregunto. El Viejo Antonio suelta una gran voluta de humo, tose y niega con la cabeza. Yo me animo y le hago otra pregunta: "¿Y quién cree usted que somos?".

"Prefiero que tú me lo digas", responde el Viejo Antonio y se me queda viendo a los ojos.

"Es una historia muy larga", digo y empiezo a contar de cuando Zapata y Villa y la revolución y la tierra y la injusticia y el hambre y la ignorancia y la enfermedad y la represión y todo. Y termino con un "y entonces nosotros somos el Ejército Zapatista de Liberación Nacional". Espero alguna señal en el rostro el Viejo Antonio que no ha dejado de mirarme durante mi plática.

"Cuéntame más de ese Zapata", dice después de humo y tos.

Yo empiezo con Anenecuilco, me sigo con el Plan de Ayala, la campaña militar, la organización de los pueblos, la traición de Chinameca. El Viejo Antonio sigue mirándome mientras termino el relato.

"No así fue", me dice. Yo hago un gesto de sorpresa y sólo alcanzo a balbucear: "¿No?". "No", insiste el Viejo Antonio: "Yo te voy a contar la verdadera historia del tal Zapata".

Sacando tabaco y 'doblador', el Viejo Antonio inicia su historia que une y confunde tiempos viejos y nuevos, tal y como se confunden y unen el humo de mi pipa y de su cigarro.

"Hace muchas historias, cuando los dioses más primeros, los que hicieron el mundo, estaban todavía dando vueltas por la noche, se hablan dos dioses que eran el Ik'al y el Votán. Dos eran de uno sólo. Volteándose el uno se mostraba el otro, volteándose el otro se mostraba el uno. Eran contrarios. El uno luz era, como mañana de mayo en el río. El otro era oscuro, como noche de frío y cueva. Eran lo mismo. Eran uno los dos, porque el uno hacía al otro. Pero no se caminaban, quedando se estaban siempre estos dos dioses que uno eran sin moverse. "¿Qué hacemos, pues?", preguntaron los dos. "Está triste la vida así como estamos de por sí", tristeaban los dos que uno eran en su estarse. "No pasa la noche", dijo el Ik'al. "No pasa el día" dijo el Votán. "Caminemos", dijo el uno que dos era. "¿Cómo?", preguntó el otro. "¿Para dónde?", preguntó el uno. Y vieron que así se movieron tantito, primero para preguntar cómo, y luego para preguntar dónde. Contento se puso el uno que dos era cuando vio que tantito se movían. Quisieron los dos al mismo tiem-

po moverse y no se pudieron. "¿Cómo hacemos, pues?" Y se asomaba primero el uno y luego el otro y se movieron otro tantito y se dieron cuenta que si uno primero y otro después entonces sí se movían, y sacaron acuerdo que para moverse primero se mueve el uno y luego se mueve el otro y empezaron a moverse y nadie se acuerda quién primero se movió para empezar a moverse porque muy contentos estaban que ya se movían y "¿qué importa quién primero si ya nos movemos?", decían los dos dioses que el mismo eran y se reían y el primer acuerdo que sacaron fue hacer baile y se bailaron, un pasito el uno, un pasito el otro, y tardaron en el baile porque contentos estaban de que se habían encontrado. Ya luego se cansaron de tanto baile y vieron qué otra cosa pueden hacer y lo vieron que la primera pregunta de "¿cómo moverse?" trajo la respuesta de "juntos pero separados de acuerdo", y esa pregunta no mucho les importó porque cuando dieron cuenta ya estaban moviéndose y entonces se vino la otra pregunta cuando se vieron que había dos caminos: el uno estaba muy cortito y ahí nomás llegaba y claro se veía que ahí nomás cerquita se terminaba el camino ese y tanto era el gusto de caminar que tenían en sus pies que dijeron rápido que el camino que era cortito no muy lo querían caminar y sacaron acuerdo de caminarse el camino largo y ya se iban a empezar a caminarse, cuando la respuesta de escoger el camino largo les trajo otra pregunta de "¿a dónde lleva este camino?"; tardaron pensando la respuesta y los dos que eran uno de pronto llegó en su cabeza de que sólo si lo caminaban el camino largo iban a saber a dónde lleva porque así como estaban nunca iban a saber para dónde lleva el camino largo. Y entonces se dijeron el uno que dos era: "Pues vamos a caminarlo, pues" y lo empezaron a caminar, primero el uno y luego el otro. Y ahí nomás se dieron cuenta de que tomaba mucho tiempo caminar el camino largo y entonces se vino la otra pregunta de "¿cómo vamos a hacer para caminar mucho tiempo?" y quedaron pensando un buen rato y entonces el Ik'al clarito dijo que él no sabía caminar de día y el Votán dijo que él de noche miedo tenía de caminarse y quedaron llorando buen rato y ya luego que acabó la chilladera que se tenían se pusieron de acuerdo y lo vieron que el Ik'al bien que se podía caminar de noche y que el Votán bien que se podía caminar de día y que el Ik'al lo caminara al Votán en la noche y así sacaron la respuesta para caminarse todo el tiempo. Desde entonces los dioses caminan con preguntas y no paran nunca, nunca se llegan y se van nunca. Y entonces así aprendieron los hombres y mujeres verdaderos que las preguntas sirven para caminar, no para quedarse parados así nomás. Y, desde entonces los hombres y mujeres verdaderos para caminar preguntan, para llegar se despiden y para irse saludan. Nunca se están quietos.

Yo me quedo mordisqueando la ya corta boquilla de la pipa esperando a que el Viejo Antonio continúe pero

él parece no tener ya la intención de hacerlo. Con el temor de romper algo muy serio pregunto: "¿Y Zapata?"

El Viejo Antonio se sonríe: "Ya aprendiste que para saber y para caminar hay que preguntar". Tose y enciende otro cigarro que no supe a qué hora lo forjó y, por entre el humo que sale de sus labios, caen las palabras como semillas en el suelo:

"El tal Zapata se apareció acá en las montañas. No se nació, dicen. Se apareció así nomás. Dicen que es el Ik'al y el Votán que hasta acá vinieron a parar en su largo camino y que, para no espantar a las gentes buenas, se hicieron uno sólo. Porque ya de mucho andar juntos, el Ik'al y el Votán aprendieron que era lo mismo y que podían hacerse uno sólo en el día y en la noche y cuando se llegaron hasta acá se hicieron uno y se pusieron de nombre Zapata y dijo el Zapata que hasta aquí había llegado y acá iba a encontrar la respuesta de a dónde lleva el largo camino y dijo que en veces sería luz y en veces oscuridad, pero que era el mismo, el Votán Zapata y el Ik'al Zapata, el Zapata blanco y el Zapata negro, y que eran los dos el mismo camino para los hombres y mujeres verdaderos".

El Viejo Antonio saca de su morraleta una bolsita de nylon. Adentro viene una foto muy vieja, de 1910, de Emiliano Zapata. Tiene Zapata la mano izquierda empuñando el sable a la altura de la cintura. Tiene en la derecha una carabina sostenida, dos carrilleras de balas le cruzan el pecho, una banda de dos tonos, blanco y negro, le cruza de izquierda a derecha. Tiene los pies como quien está quedando quieto o caminando y en la mirada algo así como "aquí estoy" o "ahí les voy". Hay dos escaleras. En la una, que sale de la oscuridad, se ven más zapatistas de rostros morenos como si salieran del fondo de algo; en la otra escalera, que está iluminada, no hay nadie y no se ve a dónde lleva o de dónde viene. Mentiría si dijera que yo me di cuenta de todos esos detalles. Fue el Viejo Antonio el que me llamó la atención sobre ellos. Atrás de la foto se lee:

"Gral. Emiliano Zapata, Jefe del Ejército Suriano.

Gen. Emiliano Zapata, commander in chief of the southern army.

Le Général Emiliano Zapata, Chef de l'Armée du Sud.

C. 1910. Photo by: Agustín V. Casasola."

El Viejo Antonio me dice: "Yo a esta foto le he hecho muchas preguntas. Así fue como llegué hasta aquí". Tose y arroja la bachita del cigarro. Me da la foto. "Toma", me dice. "Para que aprendas a preguntarle... y a caminar".

"Es mejor despedirse al llegar. Así no duele tanto cuando uno se va", me dice el Viejo Antonio tendiéndome la mano para decirme que ya se va, es decir, que está viniendo. Desde entonces, el Viejo Antonio saluda al llegar con un "adiós" y se despide alzando la mano y alejándose con un "ya vengo".

X

Un señor ilustre y banquero, destacado miembro del sector social más poderoso, criminal y cínico de la historia de la humanidad, es decir del capital financiero, dejó escapar las palabras como escupiéndolas:

"El problema de la economía mexicana se llama subcomandante Marcos".

La sentencia de muerte está dictada. Los dineros empiezan a buscar el precio de la bala que elimine ese "problema". A la misma hora en que el señor banquero pronuncia el dictamen, Antonio hijo, tirita bajo la lluvia y el frío en las montañas del sureste mexicano. Tiembla Antonio hijo, pero no de miedo, tiembla porque no hay un fuego esa noche para espantar el frío, para tapar el agua, para alumbrar la noche. Marcos se acerca a Antonio hijo y se sienta junto a él.

—Hace frío —dice.

Antonio hijo asiente en silencio. Bajo el plástico negro que hace otro techo nocturno bajo el techo de lluvia y frío, están los dos hombres que son el mismo. No hay fuego, es cierto. Pero ya está el Viejo Antonio acercándose con otro calor en las manos: la palabra. El Viejo

Antonio pone la palabra en el suelo, en medio de los tres, y empieza a hablar, empieza a dar calor y consuelo con palabras que abrazan como amigas, como compañeras. La tibieza llega al pecho y a los ojos, Antonio hijo y Marcos dormitan bajo la noche y el frío del diciembre chiapaneco.

El Viejo Antonio habla para guiar y velar su sueño. Lleva su voz, de la mano, a Antonio hijo y a Marcos a un tiempo anterior. Vuela la historia para atrás, hasta llegar 10 años antes de este frío, esta noche y este dormitar. Regresa el tiempo hasta llegar a...

La historia de las palabras

Los agarró la noche platicando. "Mi focador no tiene pilas" dice, desesperanzado, Antonio hijo. "Yo lo olvidé en la mochila" dice Marcos mirando el reloj. El Viejo Antonio sale y regresa con hojas de watapil. Sin decir una palabra empieza a construir una champita. Antonio hijo y Marcos ayudan. Con bejuco y palos con punta en horqueta toma forma, poco a poco, un cobertizo. Después a buscar leña. Tiene rato que la lluvia y la noche se hermanan. De entre las manos expertas del Viejo

Antonio surge, al fin, una llamita que se convierte en hoguera. Marcos y Antonio hijo se acomodan como pueden, recostados junto a la hoguera. En cuclillas, el Viejo Antonio habla y arrulla la noche y el sueño con esta historia, con esta herencia...

"La lengua verdadera se nació junto con los dioses primeros, los que hicieron el mundo. De la primera palabra, del fuego primero, otras palabras verdaderas se fueron formando y de ellas se fueron desgranando, como el maíz en las manos del campesino, otras palabras. Tres fueron las palabras primeras, tres mil veces tres se nacieron otras tres, y de ellas otras y así se llenó el mundo de palabras. Una gran piedra fue caminada por todos los pasos de los dioses primeros, los que nacieron el mundo. Con tanta caminadera encima, la piedra bien lisita que se quedó, como un espejo. Contra ese espejo aventaron los dioses primeros las primeras tres palabras. El espejo no regresaba las mismas palabras que recibía, sino que devolvía otras tres veces tres palabras diferentes. Un rato pasaron así los dioses aventando las palabras al espejo para que salieran más, hasta que se aburrieron. Entonces tuvieron un gran pensamiento en su cabeza y se dieron en su caminadera sobre otra gran piedra y otro gran espejo se pulieron y lo pusieron frente al primer espejo y aventaron las primeras tres palabras al primer espejo y ése regresó tres veces tres palabras diferentes que se aventaron, con la pura fuerza que traían, contra el segundo espejo y éste regresó, al primer espejo, tres veces tres el número de palabras que recibió y así se fueron aventando más y más palabras diferentes que se aventaron, con la pura fuerza que traían contra el segundo espejo y éste regresó, al primer espejo, tres veces tres el número de palabras que recibió y así se fueron aventando más y más palabras diferentes los dos espejos. Así nació la lengua verdadera. De los espejos nació.

Las tres primeras de todas las palabras y de todas las lenguas son democracia, libertad, justicia.

"Justicia" no es dar castigo, es reponerle a cada cual lo que merece y cada cual merece lo que el espejo le devuelve: él mismo. El que dio muerte, miseria, explotación, altivez, soberbia, tiene como merecimiento un buen tanto de pena y tristeza para su caminar. El que dio trabajo, vida, lucha, el que fue hermano, tiene como merecimiento una lucecita que le alumbre siempre el rostro, el pecho y el andar.

"Libertad" no es que cada uno haga lo que quiere, es poder escoger cualquier camino que te guste para encontrar el espejo, para caminar la palabra verdadera. Pero cualquier camino que no te haga perder el espejo. Que no te lleve a traicionarte a ti mismo, a los tuyos, a los otros.

"Democracia" es que los pensamientos lleguen a un buen acuerdo. No que todos piensen igual, sino que todos los pensamientos o la mayoría de los pensamientos busquen y lleguen a un acuerdo común, que sea

bueno para la mayoría, sin eliminar a los que son los menos. Que la palabra de mando obedezca la palabra de la mayoría, que el bastón de mando tenga palabra colectiva y no una sola voluntad. Que el espejo refleje todo, caminantes y camino, y sea, así, motivo de pensamiento para dentro de uno mismo y para afuera del mundo.

De estas tres palabras vienen todas las palabras, a estas tres se encadenan las vidas y muertes de los hombres y mujeres verdaderos. Esa es la herencia que dieron los dioses primeros, los que nacieron el mundo, a los hombres y mujeres verdaderos. Más que herencia es una carga pesada, una carga que hay quienes abandonan en mitad del camino y la dejan botada nada más, como si cualquier cosa. Los que abandonan esta herencia rompen su espejo y caminan ciegos por siempre, sin saber nunca más lo que son, de dónde vienen y a dónde van. Pero hay quienes la llevan siempre la herencia de las tres palabras primeras, caminan siempre como encorvados por el peso de la espalda, como cuando el maíz, el café o la leña ponen la mirada en el suelo. Pequeños siempre por tanta carga, viendo siempre para abajo por tanto peso, los hombres y mujeres verdaderos son grandes y miran para arriba. Con dignidad miran y caminan los hombres y mujeres verdaderos, dicen.

Pero, para que la lengua verdadera no se perdiera, los dioses primeros, los que hicieron el mundo, dijeron que había que cuidar las tres primeras palabras. Los espejos de la lengua podían romperse algún día y entonces las palabras que parieron se romperían igual que los espejos y quedaría el mundo sin palabras que hablar o callar. Así, antes de morirse para vivir, los dioses primeros entregaron esas tres primeras palabras a los hombres y mujeres de maíz para que las cuidaran. Desde entonces, los hombres y mujeres verdaderos custodian como herencia esas tres palabras. Para que no se olviden nunca, las caminan, las luchan, las viven..."

Cuando se despertaron, el Viejo Antonio aliñaba un tepescuintle. En la fogata la leña ardía y se secaba al mismo tiempo, mojada antes por la lluvia y el sudor de la espalda del Viejo Antonio. Amanecía y, al levantarse, Antonio hijo y Marcos sintieron que algo les pesaba sobre los hombros. Desde entonces buscan cómo aliviar esa carga... Todavía lo hacen...

Antonio hijo se despierta y desperezа. Sacude a Marcos que, sentado al pie de un ocote, se durmió con la pipa entre los labios. Los helicópteros y el ladrido de los perros de caza espantan la mañana y el sueño. Hay que seguir caminando... Hay que seguir soñando...

Viejo Antonio me interrumpió con un carraspeo de esos con los que él anunciaba que una nueva maravilla se llegaba a sus labios, como se llegaba el calorcillo de la pipa humeante.

—Eso me recuerda algo —dijo el Viejo Antonio mientras soplaba para avivar el fuego y los recuerdos. Así, entre insurgentes pasados y presentes, entre el encuentro de humo y fuego, el Viejo Antonio descargó, como quien se libra de un pesado pero valioso bulto, palabras que contaban...

La historia de la espada, el árbol, la piedra y el agua

Mordisquea la pipa el Viejo Antonio. Mordisquea las palabras y les da forma y sentido. Habla el Viejo Antonio, la lluvia se detiene a escuchar y el agua y la oscuridad dan un reposo.

"Nuestros más grandes abuelos tuvieron que enfrentar al extranjero que vino a conquistar estas tierras. Vino el extranjero a ponernos otro modo, otra palabra, otra creencia, otro dios y otra justicia. Era su justicia sólo para tener él y despojarnos a nosotros. Era su dios el oro. Era su creencia su superioridad. Era su palabra la mentira. Era su modo la crueldad. Los nuestros, los más grandes guerreros se enfrentaron a ellos, grandes peleas hubo entre los naturales de estas tierras para defender la tierra de la mano del extranjero. Pero grande era también la

fuerza que traía la mano extraña. Grandes y buenos guerreros cayeron peleando y murieron. Las batallas seguían, pocos eran ya los guerreros y las mujeres y los niños tomaban las armas de los que caían.

Se reunieron entonces los más sabios de los abuelos y se contaron la historia de la espada, del árbol, de la piedra y el agua. Se contaron que en los tiempos más viejos y allá en las montañas se reunieron las cosas que los hombres tenían para trabajarse y defenderse. Andaban los dioses como era su modo de por sí, o sea que dormidos se estaban porque muy haraganes eran entonces los dioses que no eran los dioses más grandes, los que nacieron el mundo, los primeros. Estaban el hombre y la mujer gastándose en el cuerpo y creciendo en el corazón en un rincón de la madrugada. Silencio se estaba la noche. Callada se estaba porque ya sabía que muy poco le quedaba. Entonces habló la espada.

—Una espada así —se interrumpe el Viejo Antonio y empuña un gran machete de dos filos. La luz del fuego arranca algunos destellos, un instante apenas, a la sombra luego. Sigue el Viejo Antonio:

"Entonces habló la espada y dijo:

—Yo soy la más fuerte y puedo destruirlos a todos. Mi filo corta y doy poder al que me toma y muerte al que me enfrenta.

— ¡Mentira! —dijo el árbol. Yo soy el más fuerte, he resistido el viento y la más feroz tormenta.

Se pelearon la espada y el árbol. Fuerte y duro se puso el árbol y enfrentó a la espada. La espada golpeó y golpeó hasta que fue cortando el tronco y derribó al árbol.

—Yo soy la más fuerte —volvió a decir la espada.

— ¡Mentira! —dijo la piedra. Yo soy la más fuerte porque soy dura y antigua, soy pesada y llena.

Y se pelearon la espada y la piedra. Dura y firme se puso la piedra y enfrentó a la espada. La espada golpeó y golpeó y no pudo destruir a la piedra pero la partió en muchos pedazos. La espada quedó sin filo y la piedra muy pedaceada.

—¡Es un empate! —dijeron la espada y la piedra y se lloraron los dos de lo inútil de su pelea.

Mientras, estaba el agua del arroyo nomás mirando la pelea y nada decía. La miró la espada y dijo:

—¡Tú eres la más débil de todos! Nada puedes hacer a nadie. Yo soy más fuerte que tú! —y se lanzó la espada con grande fuerza contra el agua del arroyo. Un gran escándalo y un ruidero se hizo, se espantaron los peces y el agua no resistió el golpe de la espada.

Poco a poco, sin decir nada, el agua volvió a tomar su forma, a envolver la espada, y a seguir su camino al río que la llevaría al agua grande que hicieron los dioses para curarse la sed que les daba.

Pasó el tiempo y la espada en el agua se empezó a hacer vieja y oxidada, perdió el filo y los pescados se le acercaban sin miedo y se burlaban de ella. Con pena se

retiró la espada del agua del arroyo. Sin filo ya y derrotada se quejó: Soy más fuerte que ella, pero no le puedo hacer daño y ella a mí, sin pelear, me ha vencido. Se pasó la madrugada y vino el sol a levantar al hombre y a la mujer que se habían cansado juntos para hacerse nuevos. Encontraron el hombre y la mujer a la espada en un rincón oscuro, a la piedra echa pedacera, al árbol caído y al agua del arroyo cantando...

"Acabaron los abuelos de contarse la historia de la espada, el árbol, la piedra y el agua y se dijeron: "Hay veces que debemos pelear como si fuéramos espada frente al animal, hay veces que tenemos que pelear como árbol frente a la tormenta, hay veces que tenemos que pelear como piedras frente al tiempo. Pero hay veces que tenemos que pelear como el agua frente a la espada, al árbol y la piedra. Esta es la hora de hacernos agua y seguir nuestro camino hasta el río que nos lleve al agua grande donde curan su sed los grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros".

—Así hicieron nuestros abuelos —dice el Viejo Antonio. Resistieron como el agua resiste los golpes más fieros. Llegó el extranjero con su fuerza, espantó a los débiles, creyó que ganó y al tiempo se fue haciendo viejo y oxidado. Terminó el extraño en un rincón lleno de pena y sin entender por qué, si ganó, estaba perdido.

El Viejo Antonio vuelve a encender la pipa y la leña del fogón y agrega:

—Así fue como nuestros más grandes y sabios abuelos ganaron la gran guerra al extranjero. El extraño se fue. Nosotros aquí estamos, como el agua del arroyo seguimos caminando al río que habrá de llevarnos al agua grande donde se curan la sed los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros...

Se fue la madrugada y con ella el Viejo Antonio. Yo seguí el camino del sol, a occidente, bordeando un arroyo que serpenteaba hasta el río. Frente al espejo, entre el sol del amanecer y el sol del atardecer está la tierna caricia del sol de medianoche. Un alivio que es herida. Un agua que es sed. Un encuentro que sigue siendo búsqueda...



Como la espada del cuento del Viejo Antonio, la ofensiva gubernamental de febrero entró sin ninguna dificultad en tierras zapatistas. Poderosa, deslumbrante, con hermosa empuñadura la espada del Poder golpeó el territorio zapatista. Como la espada del cuento del Viejo Antonio, hizo gran ruido y escándalo, como ella, espantó a algunos peces. Como en el cuento del Viejo Antonio, su golpe fue grande, fuerte... e inútil. Como la espada del cuento del Viejo Antonio, sigue en el agua, se oxida y envejece. ¿El agua? Sigue su camino, envuelve a la espada y, sin hacerle caso, se llega hasta el río que habrá de llevarla hasta el agua grande donde se curan la sed los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros...

tiempo camina la razón de nuestros antepasados. En los viejos más viejos hablan los grandes dioses, nosotros escuchamos. Cuando las nubes se acuestan sobre la tierra, apenas agarradas con sus manitas de los cerros, entonces se bajan los dioses primeros a jugar con los hombres y mujeres, cosas verdaderas les enseñan. Poco se muestran los dioses primeros, traen cara de noche y nube. Sueños son que soñamos para ser mejores.

"Por los sueños nos hablan y enseñan los dioses primeros. El hombre que no se sabe soñar muy solo se queda y esconde su ignorancia en el miedo. Para que pudiera hablar, para que pudiera saber y saberse, los primeros dioses enseñaron a los hombres y mujeres de maíz a soñar, y naguales les dieron para que con ellos caminaran la vida.

"Los naguales de los hombres y mujeres verdaderos son el jaguar, el águila y el coyote. El jaguar para pelear, el águila para volar los sueños, el coyote para pensar y no hacer caso del engaño del poderoso.

"En el mundo de los dioses primeros, los que formaron el mundo, todo es sueño. Es la tierra que vivimos y morimos un gran espejo del sueño en el que viven los dioses. Vienen todos juntos los grandes dioses. Parejos están. No hay quién es arriba y quién es abajo. Es la injusticia que se hace gobierno la que descompone el mundo y pone a unos pocos arriba y a unos muchos abajo. No así en el mundo. El mundo verdadero, el gran espejo del sueño de

los dioses primeros, los que nacieron el mundo, es muy grande y todos caben parejos. No es como el mundo de ahorita que chiquito lo hacen para que los pocos se estén arriba y los muchos se estén abajo. El mundo de ahora no es cabal, no es un buen espejo que refleje el mundo de sueños donde viven los dioses primeros.

"Por eso los dioses regalaron a los hombres de maíz un espejo que se llama dignidad. En él los hombres se ven iguales y se hacen rebeldes si no son iguales. Así empezó la rebeldía de nuestros primeros abuelos, los que hoy se mueren en nosotros para que vivamos.

"El espejo de la dignidad sirve para derrotar a los demonios que reparten la oscuridad. Visto en el espejo, el señor de la oscuridad se ve reflejado como la nada que lo forma. Como si fuera nada, en nada se deshace frente al espejo de la dignidad el señor de la oscuridad, el desparejador del mundo.

"Cuatro puntos pusieron los dioses para que el mundo se estuviera acostado. No porque cansado estuviera, sino para que parejos se caminaran los hombres y mujeres, para que todos cupieran, para que nadie encima de otro se pusiera. Dos puntos pusieron los dioses para volar y estarse en tierra se pudiera. Un punto pusieron los dioses para que los hombres y mujeres verdaderos se estuvieran caminando. Siete son los puntos que dan sentido al mundo y trabajo a los hombres y mujeres verdaderos: el frente y el atrás, el uno y el otro costado, el arriba y el

abajo, y el séptimo es el camino que soñamos, el destino de los hombres y mujeres de maíz, los verdaderos.

"Una luna en cada pecho regalaron los dioses a las mujeres madres, para que alimentaran de sueño a los hombres y mujeres nuevos. En ellos viene la historia y la memoria, sin ellos se come la muerte y el olvido. Tiene la tierra, nuestra madre grande, dos pechos para los hombres y mujeres verdaderos, dicen "vamos a soñar" dicen y se dicen "vamos a luchar."

Se calló el Viejo Antonio. Se calló o dormido me quedé. Sueño que sueño, sueño que sé, sueño que entiendo...

Arriba el seno de la luna regalaba leche en el camino de Santiago. La madrugada era reina y todo estaba por hacer, por soñar, por luchar.

XIV

La historia del Arcoiris

Estaba ya la tarde por dejar de serlo. Había ese gris brillante que anuncia también la madrugada. El Viejo Antonio terminó de acomodar dos costales de café pergamino y se fue a sentar a mi lado. Yo esperaba la llegada de un enlace que me ayudaría a cruzar por un poblado en el que no había compañeros. El cruce debía de ser de noche. Amanecía enero y amanecía 1986. Tiempos de esconderse todavía, de ocultarnos de aquellos de los que seríamos parte luego. Yo miraba hacia occidente y, emboscado detrás del humo de la pipa, trataba de soñar una mañana diferente.

El Viejo Antonio se quedó en silencio y apenas si hizo el ruido necesario para forjarse con doblador uno de esos cigarrillos que anunciaban humo e historias. Pero el Viejo Antonio no habló. Quedó mirando adonde yo miraba y esperó, paciente a que yo hablara:

—¿Hasta cuándo estaremos escondiéndo-

nos de nuestra gente? —dije mientras la última bocanada de humo se escapaba por la cazuela de la pipa.

El Viejo Antonio carraspeó y se decidió por fin a encender el cigarro y la palabra. Despacito, como quien se alivia la esperanza, el Viejo Antonio realumbró la tarde con...

La historia de los 7 arcoiris

"Muy en el principio de los mundos que luego caminaron nuestros más grandes abuelos, los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros, se bajaron a platicar con los hombres y mujeres de maíz. Era una tarde como ésta, de frío, lluvia y sol que parpadea. Se sentaron los más primeros dioses a platicar con los hombres y mujeres de maíz para hacer los acuerdos de los caminos que debían caminarse los hombres y mujeres verdaderos. Porque estos dioses, que eran los más primeros, los que nacieron el mundo, no eran mandones como los dioses que fueron llegando luego. No eran mandones los primeros dioses, buscaban el buen acuerdo entre ellos y con los hombres y mujeres de maíz. Buscaban siempre llegar al buen camino juntos, con buen acuerdo y buena palabra. Y entonces estaban esta tarde, que era de las primeras del mundo más primero, platicando los dioses más grandes con los hombres y mujeres de maíz, con sus iguales.

Acuerdo hacían de buscar los acuerdos buenos con otros hombres y mujeres, con otras lenguas y con otros pensamientos. Tenían que caminar los hombres y mujeres de maíz hasta muy lejos adentro de su corazón para buscar las palabras que otros hombres y mujeres, que otros colores, que otros corazones entendieran.

"Y entonces sacaron acuerdo de los trabajos que debían hacer los hombres y mujeres de maíz para hacer un mundo bueno. Y entonces sacaron el acuerdo de que siete eran los trabajos más primeros, los más importantes para hacernos nuevos. Y hablaron los siete primeros dioses, los que nacieron el mundo, diciendo que siete eran los trabajos que debían cumplirse para que el mundo fuera bueno y nos hiciera nuevos. Decían los más grandes dioses que siete debían de ser porque siete eran los aires o los cielos que techo le ponían al mundo y así decían los dioses primeros que estos eran los siete cielos. El séptimo aire el de nohochaacyum, el gran padre Chaac. En el aire sexto los chaacob o dioses de la lluvia. En el quinto los kuilob kaaxob, los señores del yermo. En el cuarto aire los guardianes de los animales. En el aire tercero los malos espíritus. En el segundo los dioses del viento. En el primero, inmediatamente por encima de la tierra, los balamob que guardan las cruces del pueblo y de las milpas. En las profundidades estaba kisin, el dios del temblor y el miedo, el diablo.

—Y también decían los primeros dioses que siete eran

los colores y siete su número en que se contaban. Y la historia de los colores ya te la conté en otro día y la de los siete trabajos te la cuento después si es que hay tiempo y modo que la escuches y que yo te hable —apura el Viejo Antonio al mismo tiempo que se agota el último resplandor en su cigarro.

Después viene el silencio en el que el Viejo Antonio reforja humo y sueños. Un diminuto relámpago en el cerillo de su mano y se sigue el fuego:

"Y entonces los hombres y mujeres de maíz se estuvieron de acuerdo en cumplir con los siete trabajos para que el mundo fuera bueno y miraron al lugar donde el sol y la luna se turnan su duermevela y preguntaron a los dioses primeros que cuánto debían caminar para cumplir esos siete trabajos que sirven para hacer el mundo nuevo y entonces los dioses primeros dijeron que siete veces siete se caminaran el siete porque así había salido el número que recuerda que no todos pueden ser pares y que siempre puede haber lugar para el otro. Y entonces los hombres y mujeres del maíz dijeron bueno y volvieron a mirar hacia la montaña que cajita era para guardar los pechos de la madre tierra, por turnos, uno de día, de noche la otra. Y mirando los hombres y mujeres de maíz se preguntaron que cómo saben cuántas veces es siete veces siete caminar el número siete y los dioses primeros dijeron que no lo sabían tampoco porque eran dioses primeros pero no todo lo sabían y tenían que estudiarse mucho

y por eso no se iban luego sino que se quedaban con los hombres y mujeres de maíz y se pusieron a pensar juntos para juntos encontrar el buen camino que nuevo hiciera el mundo.

Y en eso estaban, o sea que pensándose, o sea que sabiéndose o sea que hablándose, o sea que aprendiéndose, o sea que estándose cuando la lluvia se colgó en la mera mitad de la tarde sin caerse ni levantarse, nomás estando ahí y los hombres y mujeres de maíz se quedaron mirando y también los primeros dioses y ahí nomás que se empieza a pintar un puente de luz y nubes y colores y de la montaña venía el puente y al valle iba el puente y luego clarito se veía que el puente de colores, nubes y luz no iba a ninguna parte ni se venía de ningún lado sino que nomás se estaba y entonces se entendieron que el puente de colores, nubes y luz no va ni viene sino que sirve para ir o para venir y entonces se pusieron muy alegres los todos que se estaban pensándose y aprendiéndose y supieron que eso era lo bueno, ser puente para que vayan y vengan los mundos buenos, los nuevos que nos hacemos. Y rápido sacaron los musiqueros sus instrumentos y rápido se sacaron los pies los dioses primeros y los hombres y mujeres verdaderos y a bailar se pusieron porque ya estaban un poco pensándose y sabiéndose y hablándose y aprendiéndose. Y ya que se acabaron de bailarse, se reunieron otra vez y encontraron que siete veces siete era que siete arcoiris de siete colores tenían que

hacerse caminando para que pudieran cumplirse los siete trabajos principales. Y entonces ya se supieron también que terminados los siete se seguían otros siete porque los puentes de nubes, colores y luz no van ni vienen, no tienen principio y final, no empiezan ni acaban, sino que se la pasan siempre cruzando de un lado a otro. Y así quedó el acuerdo que sacaron los dioses primeros y los hombres y mujeres verdaderos. Por eso, desde esa tarde de alegría y saber, los hombres y mujeres de maíz, los verdaderos, se pasan la vida haciendo puentes, y en la muerte también se hacen puentes. Puentes siempre de colores de nubes y de luz, puentes siempre para ir de uno a otro lado, para hacer los trabajos que nacen al mundo nuevo, al que buenos nos hace siete veces siete se caminan el siete los hombres y mujeres de maíz, los verdaderos. Haciendo puentes se viven, haciéndose puentes se mueren..."

Se calla el Viejo Antonio. Yo me le quedo mirando y estoy a punto de preguntarle que qué tiene que ver eso con mi pregunta de hasta cuándo nos vamos a estar escondiendo, cuando una luz le renueva la mirada y sonriendo me señala hacia la montaña, a occidente. Yo me giro y veo un arcoiris que no va ni viene, que se está ahí nomás, puenteando mundos, puenteando sueños...



XV

En las noches más oscuras, vienen aquí a encontrarse los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros. Y hablan su palabra aquí los dioses primeros y cuentan maravillas y bajezas, y cuentan sus alegrías y sus penas, porque los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros, tienen sus lágrimas y sus risas, y a veces se desesperan de ya no encontrar el modo para hablarles a los hombres y mujeres y dicen que dicen que todavía tienen muchas cosas qué decir y se caminan la noche para buscarlo al Viejo Antonio y le hablan al oído la palabra verdadera y el Viejo Antonio, muerto y todo, como quiera se lía un cigarrillo de tabaco y doblador y se pone a fumar y en las nubes de tabaco escribe las historias que los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros, le dictan para que busque el modo que las conozcan los hombres y mujeres de maíz, los verdaderos, y yo digo que por eso fuma tanto el Viejo Antonio, fuma para que no se le olviden las historias que le dicen los dioses y también se camina la noche el Viejo Antonio y en ella me busca para platicar o nomás para que le preste un fósforo para encender un

cigarrillo y anoche me encontró y le encendí el fósforo y la llamita le iluminó el rostro cuando se acercó a encender el cigarro y yo le vi los ojos y me vi dentro de sus ojos y en ellos yo no estaba solo, estaba yo sentado con el Viejo Antonio, igual que aquella noche de abril hace 10 años, cuando la presión en el pecho me ahogaba y como quiera estábamos ahí los dos fumando, viendo la fogata y nuestros pies, porque más allá no se veía nada, y yo creo que de tanto mirarnos los pies por entre el humo de fogata, cigarro y pipa, el Viejo Antonio se acordó de algo y ahí nomás me contó...

La historia de los caminos y los caminadores

"En el antes no había después. El tiempo se estaba así quietecito, ansina como se está ahorita la noche. En el antes estaban los dioses más grandes, los que nacieron el mundo, los primeros. Sentados se estaban los dioses y no se tenían para donde caminarse porque en el antes no había después y entonces pues no se movían porque no podían decirse que antes estuvieron en un lado y después en otro. Así estaban los dioses en el antes, y empezaba a llegar en su pensamiento que era necesario inventar el después porque si no muy triste se iba a estar el mundo siempre parado en el antes y nunca llegando al después. Y entonces uno de los siete dioses le dijo a los otros, o sea que se dijo a sí mismo, que tenían que encontrar el modo

de llegar al después y no estarse siempre en el antes y entonces los dioses se pusieron de acuerdo y dijeron que sí, que es muy buena la idea de encontrar el después y entonces se pusieron a bailar de contento pero no muy se podía bailar porque nomás se estaban en un mismo lugar o sea en el antes y entonces, así bailando como se estaban en el mismo lugar, se empezaron a chocar unos con otros y en su bailadera unos se aventaron para un lado y otros para otro y entonces el antes se hizo un poquito más ancho y con siete rayitas y una estrellita parecía el antes porque todavía estaba muy chiquito y entonces los dioses se dieron cuenta de que ya habían inventado el después porque antes estaban todos apelotonados en un lugar y ahora, o sea después, ya estaban un poquito más separados, y muy contentos se pusieron los dioses y se dieron a la bailadera porque de por sí así eran estos dioses que puro bailar querían y sólo buscaban pretexto para darle a la marimba y a las caderas, y entonces se dieron cuenta de que el después se quedaba muy chiquito porque ya no se avanzaban y el antes ahí nomás estaba bien cerquita y entonces se pusieron muy serios y acordaron encontrarse de nuevo en el antes para analizar bien la situación y sacar un buen acuerdo de cómo agrandar el después y no quedarse tan cerquita del antes, y entonces se encontraron los dioses en una como reunión preparatoria y ahí se pensaron cómo habían llegado a las siete rayitas que hasta una estrellita dibujaban y enton-

ces se recordaron que fue cuando se pusieron a bailar juntos que se chocaron y se aventaron para un lado y para otro y que eso fue en el antes, pero que en el después ya habían quedado separados y entonces cuando se bailaban ya no se chocaban y entonces no se aventaban para uno y otro lado. Y entonces los dioses se pusieron muy contentos otra vez y dale de nuevo con la bailadera y otra vez se chocan y otra vez quedan en el después y entonces quedan separados y entonces se ponen serios otra vez y otra vez se encuentran en el antes y un buen rato se pasaron así, entre el antes y el después, entre el ponerse serios y darse a la bailadera, y ahí estuvieran todavía, en un antes y un después muy chiquito, si no es porque llegó una buena idea en su cabeza de ellos y sacaron el acuerdo de acompañarse todos en el después que le tocaba a cada uno y ahí hacían otro baile y otra empujadera y salían siete rayitas más en una de las siete rayitas primeras, y luego iban al después del otro y hacían lo mismo y así hicieron siete veces y entonces se encontraron de nuevo en el antes y vieron que el después ya estaba un poco más retirado del antes pero todavía era muy chiquito y ya tenían siete veces siete rayitas y vieron que era bueno pero no bastaba y que el antes y el después tenían que estarse bien retirados unos de otros y que había que repetir la bailadera ahora en el después del antes que era después del antes primero y vieron que estaba muy complicado ese trabajo y todavía tenían que hacer

el mundo, porque éstos eran los dioses más grandes, los que nacieron el mundo, los primeros, y entonces sacaron el acuerdo de crear a unos que se encargaran del trabajo de bailar y ponerse serios y encontrarse y separarse para ir abriendo el antes y el después y entonces dijeron que tenían que ponerle nombre a las rayitas que salían después de cada seriedad y bailadera y le pusieron "caminos" a esas rayitas y a los que se iban a encargar del trabajo les pusieron "caminadores" y les explicaron cuál era su trabajo y que no era fácil porque cada rato tenían que regresar al antes para poder ir más lejos en el después y que tenían que aprender a bailar y a ponerse serios y tenían que aprender a encontrarse y ya después se fueron a dormir los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros, porque muy cansados se habían quedado de tanto bailar y ponerse serios y ya mandaron a los caminadores a hacer caminos y los dioses se quedaron dormidos dibujando estrellitas de caminos que se hacían estrellitas, y así fue como se crearon los caminos y los caminadores y fue un invento producto de la seriedad y la alegría de los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros..."

Se calla el Viejo Antonio. Yo dejo de mirarme los pies y alzo la vista y me doy cuenta de que la madrugada ya insinúa al amanecer y que el Viejo Antonio ya no está, que eso fue antes y que ahora es un después y que hay que hacerlo más grande, con seriedad y alegría, encontrándo-

nos, volviendo al antes cada tanto... pero en el después la noche siguió cerrada como puerta negra y eran muchas las sombras y costaba mucho trabajo encontrar el sol de medianoche, ése que reúne a su alrededor la palabra y el deseo, y yo me acuerdo que quería decirles que no se vayan, que si se quedan también verán a la luna hacerse tambor y al viento golpetearle el deseo. Y verán que los grillos no son más que estrellas remolonas que protestan *continuamente por haber caído, que las luciérnagas pintan* caireles y que la luz se puede adivinar aún en los rincones más oscuros de la noche.



XVI

Lucha: Decía el Viejo Antonio que la lucha es como un círculo. Se puede empezar en cualquier punto, pero nunca termina.

XVII

Hay aquí una carrera entre el tiempo y la vida. "Este es tiempo de hambre. Y en el hambre, el tiempo trata de matar al hombre. Sólo la esperanza alivia al hombre de la herida del tiempo", decía el Viejo Antonio cuando, en el amanecer de un junio de hace 10 años, veía alzarse apenas el maíz en la milpa. "No hay maíz en la champa ni en la milpa. Es tiempo de hambre, de espera. Mira cómo el maíz empieza a pintar de verde la milpa, mira cómo la lluvia comienza a aliviar lo seco y duro. Los dos, maíz y lluvia, nos dicen que tenemos que esperar, que hay que resistir, que no hay que morir. Ya vendrá el tiempo en que el maíz llegue a la champa y a la mesa de los hombres y mujeres verdaderos, ya vendrá el tiempo en que la lluvia les lave el dolor del suelo duro. Pero mientras llega el tiempo del tiempo, muchos se mueren porque les ganan el hambre y el dolor". El Viejo Antonio acababa de enterrar a uno de sus hijos. "No se logró", dijo el Viejo Antonio después de poner la cruz, amarrada con bejuco, que marcaba la tumba de una niña, de la niña que Doña Juanita y él, el Viejo Antonio, habían hecho para que viviera.

"Hambre y hombre. Hombre y hambre. Así fueron nombrados estos contrarios, así llamaron los más primeros dioses, los que nacieron el mundo, a la muerte y la vida, hambre fue llamada la muerte, vida fue llamado el hombre. Por algo será..." dijo el Viejo Antonio después de mirar, desesperado, cómo el maíz apenas alzaba centímetros del suelo. Encendió la pipa y, ya caminando rumbo al cerro, me invitó a acompañarlo a buscar raíces para distraer a la muerte.

XVIII

Ayer, la lluvia se metía por todos lados. La champa del Viejo Antonio parece una sombra inútil en la tormenta con que junio reanima el maíz que ya se apagaba en la dura tierra de un mayo demasiado largo. Yo no sabía si estaba dentro o fuera de la champa, me mojaba igual que si no hubiera techo. Traté de resguardar el arma de la lluvia por no hacer inútil la limpieza de la mañana, y no por temor de que no funcionara luego. Un relámpago interno, el chispazo del Viejo Antonio encendiendo su cigarrillo, me recordó que, a pesar de las goteras del techo y gorra, estaba dentro de la troje del Viejo Antonio. Más por reflejo que por ganas de fumar, traté de encender la pipa, pero un goterón arruinó el tabaco que empezaba a humear en la cazuela. El Viejo Antonio me consoló de la mejor forma en que se le ocurrió, y lo que se le ocurrió fue contarme.

La historia del principio y del fin

Ya se tenía un buen rato que el ayer se ponía viejo y solo en un rincón del mundo. Ya tenía rato que los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros, se habían quedado dormidos. Mucho se habían cansado de bailarse o de hacerse caminos y preguntas. Por eso se habían quedado dormidos los dioses primeros. Ya se habían hablado con los hombres y mujeres verdaderos y ya se habían llegado al acuerdo entre todos que había que seguirse caminando. Porque caminando es como el mundo se vivía, así es como dijeron los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros.

—*¿Hasta cuándo seguiremos caminando?* —se preguntaron los hombres y mujeres de maíz.

—¿Cuándo nos empezamos pues? —se respondieron los hombres y mujeres verdaderos porque así habían aprendido de los dioses primeros, que a una pregunta siempre se contesta con otra pregunta.

Pero los dioses se despertaron luego. Porque los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, no se pueden quedar dormidos cuando escuchan una pregunta y entonces se despertaron y se pusieron a tocar la marimba y una canción se hicieron con las preguntas y bailaban y cantaban: "¿Hasta cuándo seguiremos caminando? ¿Cuándo nos empezamos pues?". Y ahí se estarían todavía, bailando y cantando, si no es porque los hombres

y mujeres verdaderos se pusieron bravos y les dijeron que ya estuvo bueno de tanta bailadera y cantadera y que querían las respuestas a sus preguntas y ya entonces se pusieron serios los dioses primeros y se dijeron:

Tienen pregunta los hombres y mujeres de maíz que hicimos. No muy sabedores nos salieron estos hombres y mujeres. Buscan la respuesta fuera, sin darse cuenta de que la tienen detrás y delante de ellos. No muy sabedores son estos hombres y mujeres, como elote tierno son —dijeron los dioses primeros y dale que empiezan a bailarse y a cantarse de nuevo y otra vez que se ponen embravecidos los hombres y mujeres verdaderos y que ya estuvo bueno de burlarse y que cómo está eso de que la respuesta la tienen delante y detrás de ellos y los dioses primeros les dicen que en la espalda y en la mirada están las respuestas y los hombres y mujeres de maíz se miran entre ellos y todos saben que no entienden nada pero callados se quedan y los dioses más grandes les dicen:

En la espalda se empezaron los hombres y mujeres de maíz porque acostados se nacieron y como son de maíz de la tierra nacieron. En la espalda se empezaron a caminar. Su espalda siempre queda detrás de su paso o de su estarse quietos. Su espalda es el principio, el ayer de su paso.

"Y los hombres y mujeres verdaderos no muy entendieron esto pero como el comienzo ya había comenzado y el ayer ya había pasado, pues no se preocuparon de eso y entonces repitieron

¿Hasta cuándo seguiremos caminando?

—Eso es más fácil de saber —dijeron los dioses que nacieron el mundo. —Cuando su mirar pueda mirar su espalda. Sólo basta que caminen en círculo, hasta darle la vuelta a su paso y se alcancen a sí mismos. Cuando caminen bastante y alcancen a mirar su espalda, aunque sea de lejos, entonces ya acabaron, hermanitos y hermanitas —dijeron los dioses primeros cuando ya se empezaban a dormirse.

Y muy contentos se pusieron los hombres y mujeres verdaderos porque ya sabían que sólo tenían que caminar en círculo hasta que alcanzaran a ver su espalda. Y un buen rato se pasaron así, caminando para alcanzar su espalda y ya después se detuvieron un rato a pensar por qué no acababan de caminarse y se dijeron:

Mucho cuesta esto de alcanzar el principio para llegar al final. No se acaba esto de caminar y mucho dolor sale de pensar cuándo llegaremos al principio para terminar nuestro paso. —Y unos y unas se desanimaron y ahí nomas se quedaron sentados, enojados porque el camino hacia el principio para llegar al final no se acababa.

Pero otros y otras se siguieron caminando con muchas ganas y dejaron de pensar de cuándo van a llegar al principio para alcanzar el final y mejor se pusieron a pensar en el camino que se iban caminando y, como era en círculo, en cada vuelta querían hacerlo mejor y cada vuelta que daban pues mejor les salía el paso y entonces se esta-

ban contentos y mucho contento les daba eso de caminarse y un buen rato estuvieron caminando y, sin dejar de caminarse, se dijeron:

Está alegre este camino que somos, caminamos para hacerlo más bueno el camino. Somos el camino para que otros se caminen de un lado a otro. Para todos hay principio y fin de su camino, para el camino no, para nosotros no. Para todos todo, nada para nosotros. Somos el camino pues, tenemos que seguirnos.

Y para que no se olvidaran, un círculo se dibujaron en la tierra y andando en círculo todo el mundo se caminaban y caminan los hombres y mujeres verdaderos. No terminan ni acaban en su lucha por hacer mejor el camino, por hacerse mejores. Por eso después los hombres se creyeron que el mundo es redondo, pero qué va a ser, esta bola que es el mundo no es más que la lucha y el camino de los hombres y mujeres verdaderos, caminando siempre, queriendo siempre que el camino les salga mejor de los pasos que caminan. Caminando siempre y no se tienen ni principio ni fin en su caminadera. Ni cansarse pueden los hombres y mujeres verdaderos. Siempre quieren alcanzarse a sí mismos, sorprenderse por detrás para encontrar el principio y así llegar al final de su camino. Pero no lo van a encontrar, lo saben y no les importa ya. Lo único que les importa es ser un buen camino que trata siempre de ser mejor..

Se calla el Viejo Antonio pero la lluvia no. Yo le iba a

preguntar que cuándo se va a acabar esta lluvia, pero parece que el ambiente no está para preguntas sobre principios y finales. Me despido del Viejo Antonio.

Salgo a la lluvia y a la noche, aunque ni las pilas nuevas ni mi focador puedan diferenciar una de otra. El ruido de mis botas en el lodo me impide escuchar las palabras de despedida del Viejo Antonio:

No te canses preguntando cuándo acabará tu camino. Ahí donde el mañana y el ayer se unen, ahí acabará...

Me costó mucho trabajo empezar a caminar, sabía que me iba a resbalar en el lodo ahí adelante, pero, aún sabiéndolo, tenía que caminar esa caída. Esa y otras que seguirían después. Porque caminar es también tropezar y caer. Y esto me lo enseñó el Viejo Antonio, me lo enseñó la montaña y créanme que el examen no fue nada fácil.

XIX

Y hablando de grandes dioses, ya aparece el Viejo Antonio acompañado de los primeros, los que nacieron el mundo. Siempre fumando, caminando a veces y en veces platicando, el Viejo Antonio se sienta esta noche conmigo, se sienta 10 años atrás de esta noche. Con él, con el Viejo Antonio, se sientan junto conmigo todos los hombres y mujeres de morena sangre en corazón digno. Se sientan junto conmigo y me toman, por fin, la palabra y la voz para contarnos la lucha. Para contarnos dicen y me dicen, no para imponernos, no para obligarnos, no para absorbernos. Para platicarnos la lucha y sus tiempos de esta noche 10 años atrás, con la lluvia y una fría oscuridad como pared y techo. La noche en que, conmigo, el Viejo Antonio camina por entre el lodo, machete en mano. ¿Dije que conmigo camina el Viejo Antonio? Mentí entonces, no conmigo camina, yo le voy detrás. No así empezamos a caminar esa noche. Primero nos perdimos. El Viejo Antonio me invitó a correr venado y lo corrimos, sí, pero no lo alcanzamos. Cuando dimos cuenta ya estábamos en medio de la selva, en mitad de la lluvia, cercados por la noche.

—Nos perdimos —digo inútilmente.

—Si pues —dice el Viejo Antonio que no parece muy preocupado porque ahí nomás se hace casita con una mano al fuego con que la otra enciende su cigarrillo.

Tenemos que encontrar el camino de regreso —me escucho decir, y agrego: —Traigo brújula —le digo yo como si dijera "tengo móvil, por si quieres un aventón".

—Si pues —dice de nuevo el Viejo Antonio como dejándome la iniciativa y mostrándose dispuesto a seguirme.

Yo recojo el desafío y me declaro dispuesto a hacer gala de mis conocimientos guerrilleros de dos años en montaña. Me arrincono bajo un árbol. Saco el mapa, el altímetro y la brújula. Como hablando en voz alta, pero en realidad alardeando frente al Viejo Antonio, describo alturas sobre el nivel del mar, cotas topográficas, presión barométrica, grados y milímetros, puntos visados y otros etcéteras de lo que los militares llamamos "navegación terrestre". El Viejo Antonio no habla, está a mi lado, sin moverse, supongo que me escucha porque no ha dejado de fumar. Después de un rato de alardes técnicos y científicos, me pongo de pie y, con la brújula en la mano, señalo hacia un rincón de la noche, diciendo con firmeza y echando a andar en esa dirección: —Es por ahí.

Yo espero que el Viejo Antonio repita su "Si, pues", pero el Viejo Antonio no dice nada. Recoge su rifle, su morraleta y su machete y se echa a caminar detrás mío.

que sí sabía es que teníamos que hacer el camino juntos. Así que lo hicimos. Así llegamos a donde queríamos. Hicimos el camino. No ahí estaba.

Pero, ¿por qué me dijiste que cuando uno no sabe qué es lo que sigue hay que mirar para atrás? ¿No es para encontrar el camino de regreso? —pregunté.

No pues —responde el Viejo Antonio—. No para encontrar el camino. Es para ver dónde te quedaste antes y qué es lo que pasó y qué querías.

—¿Cómo? —pregunto ya sin pena.

Si pues. Volteando para mirar atrás te das cuenta dónde te quedaste. O sea que así puedes ver el camino que no te hiciste bien. Si miras para atrás te das cuenta que lo que querías es regresar y lo que pasó es que tú respondiste que había que encontrar el camino de regreso. Y ahí está el problema. Te pusiste a buscar un camino que no existe. Había que hacerlo. —El Viejo Antonio sonríe satisfecho—.

Pero, ¿por qué dices que hicimos el camino? Lo hiciste tú, yo nomás caminé detrás tuyo —le dije un poco incómodo—.

No pues —sigue sonriendo el Viejo Antonio—. No lo hice yo solo. Tú también lo hiciste porque un tramo lo caminaste tú adelante.

—¡Ah! Pero ese camino no sirvió —lo interrumpo.

Si pues. Sirvió porque así supimos que no sirvió y entonces ya no lo volvemos a caminar o sea, a hacer, porque nos llevó a donde no queremos y entonces podemos hacernos otro para que nos lleve —dice el Viejo Antonio. Yo lo quedo viendo un rato y le aventuro: —Entonces, ¿tú tampoco sabías si el camino que estabas haciendo nos iba a traer hasta acá? —No pues.

Sólo caminando se llega. Trabajando pues, luchando. Es lo mismo. Así dijeron los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros. El Viejo Antonio se pone de pie.

—Y otras muchas cosas dijeron, por ejemplo, que a veces hay que luchar para poder trabajar y a veces hay que trabajar para poder luchar —dice el Viejo Antonio que, como se ve, maneja la dialéctica con la misma habilidad que el machete.

Así caminé detrás del Viejo Antonio, esta noche, hace 10 años. ¿Dije que caminé detrás del Viejo Antonio? Mentí entonces. No caminé detrás del él, con él caminé. Y eso es esta noche, 10 años atrás.

que sí sabía es que teníamos que hacer el camino juntos. Así que lo hicimos. Así llegamos a donde queríamos. Hicimos el camino. No ahí estaba.

Pero, ¿por qué me dijiste que cuando uno no sabe qué es lo que sigue hay que mirar para atrás? ¿No es para encontrar el camino de regreso? —pregunté.

No pues —responde el Viejo Antonio—. No para encontrar el camino. Es para ver dónde te quedaste antes y qué es lo que pasó y qué querías.

—¿Cómo? —pregunto ya sin pena.

Si pues. Volteando para mirar atrás te das cuenta dónde te quedaste. O sea que así puedes ver el camino que no te hiciste bien. Si miras para atrás te das cuenta que lo que querías es regresar y lo que pasó es que tú respondiste que había que encontrar el camino de regreso. Y ahí está el problema. Te pusiste a buscar un camino que no existe. Había que hacerlo. —El Viejo Antonio sonríe satisfecho—.

Pero, ¿por qué dices que hicimos el camino? Lo hiciste tú, yo nomás caminé detrás tuyo —le dije un poco incómodo—.

No pues —sigue sonriendo el Viejo Antonio—. No lo hice yo solo. Tú también lo hiciste porque un tramo lo caminaste tú adelante.

—¡Ah! Pero ese camino no sirvió —lo interrumpo.

Si pues. Sirvió porque así supimos que no sirvió y entonces ya no lo volvemos a caminar o sea, a hacer,

porque nos llevó a donde no queremos y entonces podemos hacernos otro para que nos lleve —dice el Viejo Antonio. Yo lo quedo viendo un rato y le aventuro: —Entonces, ¿tú tampoco sabías si el camino que estabas haciendo nos iba a traer hasta acá? —No pues.

Sólo caminando se llega. Trabajando pues, luchando. Es lo mismo. Así dijeron los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros. El Viejo Antonio se pone de pie.

—Y otras muchas cosas dijeron, por ejemplo, que a veces hay que luchar para poder trabajar y a veces hay que trabajar para poder luchar —dice el Viejo Antonio que, como se ve, maneja la dialéctica con la misma habilidad que el machete.

Así caminé detrás del Viejo Antonio, esta noche, hace 10 años. ¿Dije que caminé detrás del Viejo Antonio? Mentí entonces. No caminé detrás del él, con él caminé. Y eso es esta noche, 10 años atrás.

XX

Llovía mucho. La mar dormitaba el cansancio que el amor regala y, en la grabadorita, Mercedes Sosa deshilaba ésa que dice "Gracias a la vida que me ha dado tanto...". Era madrugada y el avión había ya ronroneado la muerte sobre las oscuras montañas del sureste mexicano. Recordaba yo a Neftalí Reyes, el autodenominado "Pablo Neruda", en eso que dice "...que la hora/ llegue a su horario en el instante puro,/ y el pueblo llene las calles vacías/ con sus frescas y firmes dimensiones./ Aquí está mi ternura para entonces./ La conocéis. No tengo otra bandera." El reloj de la guerra marcaba "14 de febrero de 1997". 10 años antes, en 1987, llovía igual. No había ni mar, ni grabadorita, ni avión, pero la madrugada rondaba la posta de nuestro campamento guerrillero. El Viejo Antonio se quedó para platicar. Con la tarde y con un costal de tostadas llegó. En la cocina del campamento ya no había nadie, aparte de nosotros dos. La pipa y el cigarro de doblador competían con el humo que salía de los rescoldos del fogón. Pero no se podía platicar más que a gritos. Parecía que había silencio, pero la lluvia rompía todos los rincones de la noche y no había ni un pedacito

sano. Había un ruido de lluvia sobre el techo de árboles con el que la montaña se arropa, y había otro ruido de lluvia en el suelo. Doble era el ruido de la lluvia de abajo, estaba el que le filtraban los árboles de arriba y el que de por sí le dolía al suelo. En medio había otro ruido, el de los techos de plástico hablando la lluvia del febrero en la selva. Ruido arriba, abajo, en medio. Ni un rinconcito para la palabra. Tal vez por eso me sorprendió escuchar claramente la voz del Viejo Antonio que, sin soltar de los labios el enésimo cigarrillo hecho con doblador, me contaba...

La historia del ruido y el silencio

"Hubo un tiempo en los tiempos en que el tiempo no se contaba. En ese tiempo los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, se estaban caminando como de por sí se caminan los dioses primeros o sea bailando. En ese tiempo mucho ruido había, por todos lados se escuchaban voces y gritos. Mucho ruido y nada se entendía. Y es *que el ruido ése que se había no era para entender nada,* sino que era ruido para no entender nada. Creyeron primero los dioses primeros que el ruido era música y baile y rápido tomaron sus parejas y se empezaron a bailarse así", y el Viejo Antonio se pone de pie e intenta un paso de baile que consiste en balancearse sobre un pie primero y luego sobre el otro. "Pero resulta que el ruido no

era música ni era baile, era ruido pues, y no se podía bailarse y estarse alegre. Y entonces los dioses más grandes se pararon a escuchar con atención para saber qué quería decir ese ruido que se oía, pero nada que se entendía nada, porque era ruido el ruido, pues. Y como el ruido no se podía bailar, pues entonces los dioses primeros, los que nacieron el mundo, ya no pudieron caminar porque los dioses primeros caminaban bailando y entonces se detuvieron y muy tristes se estaban sin caminar porque muy caminadores eran estos dioses, los más grandes, los primeros.

"Y unos de los dioses trataron de caminarse, o sea bailarse con el ruido ése, pero no se podía y perdían el paso y el camino y se chocaban unos con otros y se caían y se tropezaban con árboles y piedras y mucho se lastimaban estos dioses". Se detiene el Viejo Antonio para volver a encender el cigarro que la lluvia y el ruido le apagaron. Después del fuego sigue el humo, después del humo sigue la palabra:

"Entonces los dioses se buscaron un silencio para orientarse otra vez, pero no lo encontraban por ningún lado al silencio, a saber dónde se había ido el silencio y con razón porque mucho era el ruido que había. Y desesperados se pusieron los dioses más grandes porque no encontraban el silencio para encontrarse el camino y entonces se pusieron de acuerdo en una asamblea de dioses y mucho batallaron para la asamblea que se hicieron porque mucho era el ruidero que se había y por fin acordaron que cada uno buscara un silencio para encontrar el camino y entonces se pusieron contentos por el acuerdo que tomaron pero no muy se notó porque había mucho ruido. Y entonces cada dios comenzó a buscarse un silencio para encontrarse y empezaron a buscar a los lados y nada, y arriba y nada, y abajo y nada, y como ya no había por dónde buscar un silencio pues empezaron a buscarse dentro de ellos mismos y empezaron a mirarse adentro y ahí buscaron un silencio y ahí lo encontraron y ahí se encontraron y ahí encontraron otra vez su camino los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, los primeros".

Se calló el Viejo Antonio, la lluvia también. Poco duró el silencio, rápido llegaron los grillos a terminar de romper los últimos trozos de esa noche de febrero hace 10 años.

Ya amanecía la montaña cuando el Viejo Antonio se despidió con un "Ya vine". Yo me quedé fumando unos pedacitos de silencio que la madrugada olvidó en las montañas del sureste mexicano.

XXI

Decía el Viejo Antonio que los viejos más viejos de los dioses enseñaron a los hombres a leer el cielo y el suelo. En esas dos grandes hojas del cuaderno del mundo (dijo el Viejo Antonio que dijeron los más grandes dioses, los que nacieron el mundo), los hombres y mujeres verdaderos pueden leer la orientación para que su corazón camine. Cuando el cielo calla, cuando el sol y luna reinan con silencio, y cuando el suelo esconde tras su dureza su quehacer interno, los hombres y mujeres de maíz guardan la palabra y la trabajan pensando. Cuando el techo de la tierra se grita con nubes, lluvias y viento, cuando luna y sol sólo asoman cada tanto, y cuando la tierra se abre con verde y vida, los hombres y mujeres verdaderos nacen de nuevo la palabra en la montaña que es su casa y camino.

XXII

Decía el Viejo Antonio que son muchos los ingredientes para que el pan que muchos llaman mañana se cocine.

Uno de ellos es el dolor, agrega ahora el Viejo Antonio, mientras acomoda el tercio de leña junto al fogón.

Salimos a la tarde, abrillantada después de una de esas lluvias con las que julio pinta de verde la tierra, y la doña *Juanita se queda preparando el pan de maíz y azúcar* que acá llaman "marquesote" y que, a la hora de servirlo, tendrá la forma de la lata de sardinas que le sirvió de molde.

No sé desde cuando son pareja el Viejo Antonio y la doña Juanita, y nunca se los pregunté. Hoy, en esta tarde de la selva, el Viejo Antonio habla del dolor como ingrediente de la esperanza y la doña Juanita le cocina un pan como argumento.

Tiene noches que una enfermedad aqueja el sueño de la doña Juanita, y el desvelo del Viejo Antonio la alivia con historias y juegos. Esta madrugada el Viejo Antonio le ha montado un grandioso espectáculo: jugando con sus manos y la luz que viene del fogón, le dibuja con sombras una multitud de animales de la selva. La doña

Juanita ríe del noctámbulo tepescuintle, del inquieto venado cola blanca, del ronco saragüayo, del vanidoso faisán y de la escandalosa cójola que pintan, sobre el lienzo de las paredes de su champa, las manos y la garganta del Viejo Antonio.

No me curé, pero mucho reí —me cuenta la doña Juanita—, no sabía que también las sombras son alegres.

Esta tarde la doña Juanita le cocina un "marquesote" al Viejo Antonio, no para agradecerle la inútil medicina de la noche de las sombras alegres. Tampoco para él y su contento...

Es para dejar testimonio de que el dolor, si se duele juntos, es alivio y sombra que se alegra. Para eso cocina la doña Juanita el pan que sus manos y la leña del Viejo Antonio nacen dentro de una vieja lata de sardinas.

Y, para que no se perdiera nunca, con café caliente nos comimos el testimonio del dolor conjunto de la doña Juanita y el Viejo Antonio, ese dolor que se hizo alivio y pan compartido...

Esto que les contamos pasó hace muchos años, es decir, hoy.

XXIII

De madrugada otra vez, bajo el amenazante avión la mar intenta leer un libro de poesía con la magra ayuda de un cabito de vela. Yo garabateo una carta para alguien que no conozco en persona, que tal vez habla otro idioma, tiene otra cultura, probablemente sea de otro país, sea de otro color y, es seguro, tiene otra historia. Pasa el avión y me detengo, un poco por escuchar y un mucho por darme tiempo a resolver el problema de escribirle una carta a otros diferentes. En ese momento, por entre la niebla de la alta montaña e inadvertido por la mar, se llega el Viejo Antonio a mi lado y, dándome unos golpecitos en la espalda, enciende su cigarrillo y...

La historia de los otros

"Contaron los más viejos de los viejos que poblaron estas tierras que los más grandes dioses, los que nacieron el mundo, no se pensaban parejo todos. O sea que no tenían el mismo pensamiento, sino que cada quien tenía su propio pensamiento y entre ellos se respetaban y escuchaban. Dicen los más viejos de los viejos que de por

sí así era, porque si no hubiera sido así, el mundo nunca se hubiera nacido porque en la pura peleadera se hubieran pasado el tiempo los dioses primeros, porque distinto era su pensamiento que sentían. Dicen los más viejos de los viejos que por eso el mundo salió con muchos colores y formas, tantos como pensamientos había en los más grandes dioses, los más primeros. Siete eran los dioses más grandes, y siete los pensamientos que cada uno se tenía, y siete veces siete son las formas y colores con los que vistieron al mundo. Me dice el Viejo Antonio que le preguntó a los viejos más viejos que cómo le hicieron los dioses primeros para ponerse de acuerdo y hablarse si es que eran tan distintos sus pensamientos que sentían. Los viejos más viejos le respondieron, me dice el Viejo Antonio, que hubo una asamblea de los siete dioses junto con sus siete pensamientos distintos de cada uno, y que en esa asamblea sacaron el acuerdo.

Dice el Viejo Antonio que dijeron los viejos más viejos que esa asamblea de los dioses primeros, los que nacieron el mundo, fue mucho tiempo antes del ayer, que mero fue en el tiempo en que no había todavía tiempo. Y dijeron que en esa asamblea cada uno de los dioses primeros dijo su palabra y todos dijeron: "Mi pensamiento que siento es diferente al de los otros". Y entonces quedaron callados los dioses porque se dieron cuenta que, cuando cada uno decía "los otros", estaba hablando de "otros" diferentes. Después de que un rato se estuvieron callados,

los dioses primeros se dieron cuenta que ya tenían un primer acuerdo y era que había "otros" y que esos "otros" eran diferentes del uno que era. Así que el primer acuerdo que tuvieron los dioses más primeros fue reconocer la diferencia y aceptar la existencia del otro. Y qué remedio les quedaba si de por sí eran dioses todos, primeros todos, y se tenían que aceptar porque no había uno que fuera más o menos que los otros, sino que eran diferentes y así tenían que caminar.

Después de ese primer acuerdo siguió la discusión, porque una cosa es reconocer que hay otros diferentes y otra muy distinta es respetarlos. Así que un buen rato pasaron hablando y discutiendo de cómo cada uno era diferente de los otros, y no les importó que tardaran en esta discusión porque de por sí no había tiempo todavía. Después se callaron todos y cada uno habló de su diferencia y cada otro de los dioses que escuchaba se dio cuenta que, escuchando y conociendo las diferencias del otro, más y mejor se conocía a sí mismo en lo que tenía de diferente. Entonces todos se pusieron muy contentos y se dieron a la bailadera y tardaron mucho pero no les importó porque en ese tiempo todavía no había tiempo. Después de la bailadera que se echaron los dioses sacaron el acuerdo de que es bueno que haya otros que sean diferentes y que hay que escucharlos para sabernos a nosotros mismos. Y ya después de este acuerdo se fueron a dormir porque muy cansados estaban de haberse baila-

do tanto. De hablar no estaban cansados porque de por sí muy buenos eran para la habladera estos primeros dioses, los que nacieron el mundo, y que apenas estaban aprendiendo a escuchar".

No me dí cuenta a qué hora se fue el Viejo Antonio. La mar duerme ya y del cabito de vela sólo queda una mancha deforme de parafina. Arriba el cielo empieza a diluir su negro en la luz del mañana...

XXIV

En medio de una playa de nubes para que la mar repose su cansancio (llave cuarta), la luna llena es una nacarada estrella, tan gorda que los filos se le han limado. Recostados como estamos, le cuento a la mar la historia que el Viejo Antonio me narró una madrugada como ésta, pero con el humo del tabaco supliendo las nubes.

Con una última voluta de humo completamos el cerco que, sin decirlo, le habíamos ido tendiendo a la luna para fijarla en el cielo. Fue inútil, ella siguió su avance venciendo horas y nubes. Estábamos callados, acechando a un tepescuintle. El Viejo Antonio se había propuesto demostrarme que también se puede "lamparear" al tepes en luna llena.

—*¡Ahí está! ¿Lo ves?* —*me gritó con un susurro el* Viejo Antonio.

—*Sí* —mentí mientras buscaba inútilmente los ojos esmeralda que supuestamente dibujaría el haz de luz del focador del Viejo Antonio.

La chimba brilló con un sonido seco que pronto se apagó bajo el tenaz tambor de los grillos. Corrí hacia el punto al que había señalado la lámpara del Viejo Anto-

nio. Un tepescuintle de un medio metro de largo se estremecía, con el canto plano del machete completé la comida iniciada con la chimba del Viejo Antonio. Lo agarré y lo llevé a donde el Viejo Antonio liaba otro cigarrillo.

—Ni lo viste siquiera —me dice sin mirarme.

Yo, la verdad, estaba "pajareando" esperando que la luna cayera de una buena vez, pero repetí con firmeza la mentira:

—Sí lo vi—. La luz de un cerillo encendido ilumina la sonrisa y el cigarro que el Viejo tiene en los labios.

—¿Cómo supiste cuándo encender la lámpara y a dónde iluminar?—, le pregunto para cambiar el tema.

—Lo vi acá abajo—, responde el Viejo Antonio y señala con el gesto y la mano hacia el suelo.

—¿Lo viste abajo de la tierra?—, pregunto-digo con burla. El Viejo Antonio no me responde. Bueno, no directamente. De pronto, recostándose, empieza a contarme...

La historia de la llave enterrada

"Cuentan que los más primeros dioses, los que nacieron el mundo, tenían muy mala memoria y rápido se olvidaban de lo que hacían o decían. Unos dicen que era porque los más grandes dioses no tenían por qué acordarse de nada, porque ellos ya eran desde cuando el tiempo no tenía tiempo, o sea que no hubo nada antes de ellos y si no hubo nada antes entonces no había de qué tener memoria. Quién sabe, pero el caso era que todo lo olvidaban. Este mal lo heredaron a todos los gobernantes que en el mundo son y han sido. Pero los dioses más grandes, los más primeros, supieron que la memoria era la llave del futuro y que había que cuidarla como se cuida la tierra, la casa y la historia. Así que, como antídoto para su amnesia, los más primeros dioses, los que nacieron el mundo, hicieron una copia de todo lo que habían hecho y de todo lo que sabían. Esa copia la escondieron bajo el suelo de modo que no se confundiera con lo que había sobre la superficie. Así que debajo del suelo del mundo hay otro mundo idéntico al de acá arriba, con una historia paralela a la de la superficie. El mundo primero está bajo la tierra".

Le pregunté al Viejo Antonio si es que el mundo subterráneo era una copia idéntica a la del mundo que conocemos.

"Fue", me respondió el Viejo Antonio, "ya no". Y es que —explicó— el mundo de afuera se fue desordenando y desacomodando al paso del tiempo. Cuando los más primeros dioses se fueron, nadie de los gobiernos se acordó de mirar abajo para ir arreglando lo que se iba desacomodando. Así que cada nueva generación de jefes pensó que el mundo que le tocaba así era de por sí y que no era posible otro mundo. Así que lo que está abajo de la tierra es igual a lo que está arriba, pero es en forma distinta".

Dijo el Viejo Antonio que por eso es costumbre de los

hombres y mujeres verdaderos el enterrar el ombligo del recién nacido. Lo hacen para que el nuevo ser humano eche un vistazo a la historia verdadera del mundo y sepa luchar para acomodarlo de nuevo como debe ser.

Así que allá abajo no sólo está el mundo, sino que está la posibilidad de un mundo mejor.

—¿Y estamos también los dos? —pregunta la mar somnolienta.

—Sí, y juntos —le respondo.

—No te creo —dice la mar, pero con discreción gira sobre su costado y se asoma por un huequito que una piedrita dejó en el suelo.

—Deveras —le insisto— si tuviéramos un periscopio podríamos asomamos.

—¿Un periscopio? —murmura.

—Sí —le digo— un periscopio, un periscopio invertido...

Finalmente me parece que el Viejo Antonio tiene razón cuando dice que hay debajo de nosotros un mundo mejor que el que padecemos, que la memoria es la llave del futuro, y que (agrego yo) la Historia no es más que un periscopio invertido...

XXV

Cuenta el viejo Antonio que cuando era joven su padre don Antonio le enseñó a matar al león sin arma de fuego. Cuenta el viejo Antonio que cuando era joven Antonio y su padre era el viejo Antonio le contó la historia que ahora me dicta al oído para que la mar la conozca de mis labios. El viejo Antonio me la cuenta así nomás, pero yo llamo a esta

La historia del león y el espejo

"El león primero descuartiza a su víctima, después bebe la sangre comiendo el corazón y deja los restos para los zopilotes. Nada hay que pueda contra la fuerza del león. No hay animal que se le enfrente ni hombre que no le huya. Al león sólo lo puede derrotar una fuerza igualmente brutal, sanguinaria y poderosa."

El entonces viejo Antonio del entonces joven Antonio, forjó su cigarrillo con doblador y, fingiendo que ponía atención a los troncos que convergían en la luminosa estrella de fuego de la fogata, miró de reojo al joven Antonio. No esperó mucho porque el joven Antonio preguntó:

—¿Y cuál es esta fuerza tan grande para derrotar al león?

El viejo Antonio de entonces le tendió al joven Antonio de entonces un espejo.

—¿Yo? —preguntó el entonces joven Antonio mirándose en el redondo espejito.

El viejo Antonio de entonces se sonrió de buena gana (eso dice el joven Antonio de entonces) y le quitó el espejo.

—No, tú no —le respondió.

Al mostrarte el espejo quise decir que la fuerza que podía derrotar al león era la misma del león. Sólo el propio león podía derrotar al león.

—¡Ah! —dice el entonces joven Antonio que dijo por decir algo.

El entonces viejo Antonio entendió que el entonces joven Antonio no había entendido nada y siguió contando la historia.

"Cuando entendimos que sólo el león podía derrotar al león empezamos a pensar en cómo hacer para que el león se enfrentara consigo mismo. Los viejos más viejos de la comunidad dijeron que había que conocer al león y nombraron a un joven para que lo conociera."

—¿Tú? —interrumpe el entonces joven Antonio.

El entonces viejo Antonio asiente con su silencio y, después de reacomodar los troncos de la hoguera, continúa:

"Subieron al joven a lo alto de una ceiba y al pie de ésta dejaron una ternera amarrada. Se fueron. El joven debía observar lo que el león hacía con la ternera, esperar a que se fuera y regresar a la comunidad a contar lo que había visto. Así se hizo, el león llegó y mató y descuartizó a la ternera, después se bebió su sangre comiendo el corazón y se fue cuando ya los zopilotes rondaban esperando su turno.

"El joven fue a la comunidad y contó lo que vio, los viejos más viejos pensaron un rato y dijeron: 'Que la muerte que da el matador sea su muerte', y le entregaron al joven un espejo, unos clavos para herraje y una ternera.

"Mañana es la noche de la justicia, dijeron los viejos y se regresaron a sus pensamientos.

"El joven no entendió. Se fue a su champa y allí estuvo un buen rato mirando el juego. Allí estaba y llegó su padre de él y le preguntó qué le pasaba; el joven le contó todo. Su padre del joven quedó en silencio junto a él y, después de un rato, habló. El joven sonreía mientras escuchaba a su padre.

"Al otro día, cuando la tarde ya se doraba y el gris de la noche se dejaba caer sobre las copas de los árboles, el joven salió de la comunidad y se fue al pie de la ceiba llevando a la ternera. Cuando llegó al pie del árbol madre, mató a la ternera y le sacó el corazón. Después rompió el espejo en muchos pedacitos y los pegó en el corazón con la misma sangre, después abrió el corazón y le metió los clavos de herraje. Devolvió el corazón al pecho de la ternera y con estacas hizo una armazón para mantenerla en pie, como si estuviera viva. Subió el joven a lo alto de la

ceiba y allí esperó. Arriba, mientras la noche se dejaba caer de los árboles al suelo, recordó las palabras de su padre: 'La misma muerte con la que el matador lo morirá'.

"Ya la noche era toda en el tiempo de abajo cuando llegó el león. Se acercó el animal y, de un salto, atacó a la ternera y la descuartizó. Cuando lamió el corazón, el león desconfió de que la sangre estuviera seca, pero los espejos rotos le lastimaron la lengua al león y la hicieron sangrar. Así que el león pensó que la sangre de su boca era la del corazón de la ternera y, excitado, mordió el corazón entero. Los clavos de herraje lo hicieron sangrar más, pero el león siguió pensando que la sangre que tenía en la boca era la de la ternera. Masticando y masticando, el león más y más se hería a sí mismo y más sangraba y más y más masticaba.

"Así estuvo el león hasta que murió desangrado.

"El joven regresó con las garras del león como collar y lo mostró a los viejos más viejos de la comunidad.

"Ellos se sonrieron y le dijeron: 'No son las garras las que debes guardar como trofeo de la victoria, sino el espejo'.

Así cuenta el viejo Antonio que se mata el león.

Pero, además del espejito, el viejo Antonio siempre carga su vieja escopeta de chispa.

"Es por si el león no conoce la historia", me dice sonriendo y guiñando un ojo. Del lado e acá, la mar agrega: "Por si el león o el Orive".

XXVI

El pez en el agua

Cuenta el viejo Antonio una historia que le contaron los viejos más viejos de su comunidad. Cuenta la historia *que había una vez un pez muy hermoso que vivía en el* río. Cuentan que el león vio el pez y se le antojó para comerlo. Fue el león al río pero vio que no pedía nadar en el río y atacar al pez. Entonces el león pidió asesoría con la zarigüeya y ésta le dijo: "Es muy sencillo, el pez no puede vivir sin el agua. Lo único que tienes que hacer es beberte el agua del río y así el pez se quedará sin movimiento y entonces podrás atacarlo y comerlo". El león se mostró satisfecho con la asesoría de la zarigüeya y la recompensó con un puesto en su reino.

Fue el león a la orilla del río y empezó a beberse el líquido.

Murió reventado de agua.

La zarigüeya quedó desempleada.

Tan tan.

juntas. Y éste es el problema del mundo que la globalización ha pretendido rearmar: las piezas no encajan.

Por esto, y por otras razones que no vienen al espacio de este texto, es necesario hacer un mundo nuevo. Un mundo donde quepan muchos mundos, donde quepan todos los mundos...

Desde las montañas del Sureste Mexicano.

Subcomandante Insurgente Marcos. Ejército Zapatista de Liberación Nacional. México, Junio de 1997.

P.D. QUE CUENTA SUEÑOS QUE EL AMOR ANIDA.- Reposa la mar a mi lado. Comparte desde hace tiempo angustias, incertidumbres y no pocos sueños, pero ahora duerme conmigo la caliente noche de la selva. Yo miro su trigo agitado en el sueño y me maravillo de nuevo al encontrarla a ella como es ley: tibia, fresca y a mi lado. La asfixia me saca del lecho y toma mi mano y la pluma para traer al Viejo Antonio hoy, como hace años...

He pedido al Viejo Antonio que me acompañe en una exploración río abajo. No llevamos más que un poco de pozol para comer. Durante horas seguimos el caprichoso cauce y el hambre y el calor aprietan. Toda la tarde la pasamos tras una piara de jabalíes. Casi anochece cuando le damos alcance, pero un enorme censo (puerco de monte) se desprende del grupo y nos ataca. Yo saco a relucir todos mis conocimientos militares, dejo tirada mi arma y me trepo al árbol más cercano. El Viejo Antonio queda inerme ante el ataque, pero en lugar de correr, se pone tras una maraña de bejucos. El gigantesco jabalí arremete de frente y con toda su fuerza, pero queda atrapado entre las lianas y las espinas. Antes de que pueda librarse, el Viejo Antonio levanta su vieja chimba y, de un tiro en la cabeza, resuelve la cena de ese día.

Ya en la madrugada, cuando he terminado de limpiar mi moderno fusil automático (un M-16, calibre 5.56 mm, con selector de cadencia y alcance efectivo de 460 metros, además de mira telescópica, bipie y cargador de "drum" con 90 tiros), escribo en mi diario de campaña y, omitiendo todo lo sucedido, sólo anoto: "Topamos puerco y A. mató una pieza. Altura 350 msnm. No llovió".

Mientras esperamos que se cueza la carne, le cuento al Viejo Antonio que la parte que me toca servirá para las fiestas que se preparan en el campamento. "¿Fiestas?", *me pregunta mientras atiza el fuego.* "Sí", *le digo,* "No importa el mes, siempre hay algo que celebrar.". *Después sigo con lo que yo supuse era una brillante disertación sobre el calendario histórico y las celebraciones zapatistas. En silencio escucha el Viejo Antonio y, suponiendo que no le interesa, me acomodo para dormir. Entre sueños miró al Viejo Antonio tomar mi cuaderno y escribir algo. En la mañana, repartimos la carne después del desayuno y cada uno toma su camino. Ya en nuestro campamento, reporto al mando y le muestro la bitácora para que sepa lo ocurrido.* "Esta no es tu letra", *me dice mientras me muestra la hoja del cuaderno. Ahí, al final de lo que yo anoté ese día, el Viejo Antonio había escrito con letras grandes:*

"Si no puedes tener la razón y la fuerza, escoge siempre la razón y deja que el enemigo tenga la fuerza. En muchos combates puede la fuerza obtener la victoria, pero en la lucha toda sólo la razón vence. El poderoso nunca podrá sacar razón de su fuerza, pero nosotros siempre podremos obtener fuerza de la razón".

Y más abajo, con letra muy pequeña: "***Felices fiestas***".

Ni para qué decirlo, se me quitó el hambre. Las fiestas, como siempre, estuvieron bien alegres. "La del moño colorado" estaba todavía, felizmente, muy lejos del "hit parade" de los zapatistas...

Siete piezas sueltas del rompecabezas
mundial *se terminó de imprimir*
el 11 de julio de 1997,
en los Talleres de Multiediciones
California.